

EL AMA DE CASA BAJO EL CAPITALISMO

John Harrison

**Economía política
del trabajo doméstico**

Wally Seccombe

**El trabajo doméstico en el modo
de producción capitalista**

Jean Gardiner

El papel del trabajo doméstico



Cuadernos ANAGRAMA



Cuadernos ANAGRAMA

Serie: Documentos



El ama de casa
bajo el capitalismo



EDITORIAL ANAGRAMA

Fuentes:

- The Political Economy of Housework
© Bulletin of the Conference of Socialist Economics
Londres, 1973
- The Housewife and her Labour under Capitalism
© New Left Review, 83
Londres, 1974
- Postscript
© Red Pamphlet, 8. IMG Publications
Londres, 1974
- Women's Domestic Labour
© New Left Review, 89
Londres, 1975

Traducción:

Eulalia Bosch (textos de John Harrison y Wally Seccombe)
Jordi Solé Tristán (texto de Jean Gardiner)

Maqueta:

Argente y Mumbrú

© EDITORIAL ANAGRAMA
Calle de la Cruz, 44
Barcelona - 17

Depósito Legal: B. 48613 - 1975
ISBN 84-339-0710-7

Printed in Spain

GRÁFICAS DIAMANTE, Zamora, 83 - Barcelona - 5

Los movimientos de liberación de la mujer, que han conseguido atraer en los últimos tiempos la atención del espectador curioso, han provocado las tomas de posición de aquellas(os) que se han considerado directamente implicadas(os). Los ejemplos a citar cubren numerosas variantes: desde el desprecio machista que intentando ridiculizar se ridiculiza, hasta las posiciones marxistas más serias y coherentes, pasando por una cautelosa y prudente corriente de opinión que sólo apoya reformas jurídicas y mejoras muy parciales de la cuestión femenina.

Estas corrientes, en España bastante soterradas, ocupan en el exterior el primer plano de los medios de comunicación. Autores de prestigio opinan sobre el tema, y se abren ruidosas polémicas, no ya sobre la propia estrategia a seguir por los movimientos de liberación de la mujer, sino también acerca de la metodología empleada en sus análisis. Poco a poco, toda esta problemática va filtrándose en nuestra sociedad. Por ello, parece oportuno traducir al castellano algunos de los textos polémicos de más resonancia so-

bre la mujer y el trabajo doméstico. Textos que, si bien difieren entre sí por sus conclusiones, tienen un origen común que nos descubre su orientación básica: todos los autores han buscado en *El Capital* —a falta de un *corpus* marxista plenamente desarrollado sobre la cuestión femenina— la clave de bóveda de sus argumentaciones.

El estudio de la economía política, entendida como relación entre los hombres a través de las cosas, parece fundamental para descubrir la relación alienante que se produce entre capital y sector privado, entre el mundo de los negocios y el trabajo doméstico. La economía política nos brinda también la base necesaria para discutir el trabajo doméstico como productivo o improductivo, para entender el salario y la plusvalía en relación con el mismo, para reflexionar sobre el forzado aislamiento del trabajo de la mujer en el hogar. Pero, además, nos pone de manifiesto aspectos poco estudiados de la función del ama de casa: agente directo de la reproducción de la fuerza de trabajo y «compensadora», mediante su trabajo doméstico, del descenso del salario real en aras a seguir manteniendo un presupuesto familiar equilibrado.

De estas cuestiones, básicamente, se ocupan los textos reunidos en este cuaderno. La función aparentemente simple de la mujer en la familia y en la sociedad es estudiada con todo detalle. El resultado de la lectura nos descubre la importancia de la mujer en el mundo capitalista. Al margen de las divergencias, cobran nuevo relieve las posibilidades y alcance de aquel «zoon politikon» al cual machista y arteramente se le da en nuestros días la parcial traducción de «hombre político»...

JOHN HARRISON

ECONOMIA POLITICA DEL TRABAJO DOMESTICO ¹

El trabajador doméstico no produce plusvalía: está en una condición diferente de la del obrero al que se le roba la plusvalía que produce. Yo quiero saber exactamente cuál es la relación entre los trabajos que ambos realizan. De ella debería depender la estrategia global de la lucha de la mujer.

(Simone de Beauvoir, en una entrevista aparecida en *Seven Days*, 8 marzo 1972.)

Este artículo es un intento de contestar la pregunta de Simone de Beauvoir. Su propósito primero y principal es aportar un análisis de la apropiación del trabajo excedente realizado en el ámbito doméstico; esto es, situar los grupos o clases beneficiarios de este trabajo excedente y aislar el mecanismo por el cual el trabajo es apropiado.

El debate en torno a la apropiación del trabajo doméstico excedente ha tropezado con muchos de los mismos problemas, y está plagado de muchas de las mismas confusiones que también invaden el debate en torno a la naturaleza y causas del subdesarrollo en el imperialismo. Esta es la razón por la que hay polémicas similares acerca de si la producción en los países periféricos y en el hogar es de carácter feudal o capitalista, y de si el capitalismo puede sobrevivir

1. Este análisis está muy influenciado por los trabajos de Bob Rowthorn y Balibar (ver bibliografía). Agradezco sinceramente los útiles comentarios de Ric Brandon, Jean Gardiner, Andrew Glyn, Anne Phillips, Tim Putman, Bob Sutcliffe y Nick Totten.

sin mantener el trabajo doméstico o el hemisferio Sur. Del mismo modo, algunos sectores «tercer-mundistas» y feministas sostienen que los hombres pertenecientes a la clase obrera de la metrópoli han dejado de ser una fuerza revolucionaria porque están viviendo del trabajo de negros y mujeres.

Este desarrollo paralelo, extraño a primera vista, ha ocurrido fundamentalmente por dos razones interrelacionadas. La primera de ellas consiste en que las dos áreas de estudio tienen un objeto central de análisis similar en lo esencial: la apropiación del trabajo excedente que no se realiza bajo relaciones de producción capitalistas. La segunda razón es que, frecuentemente, los participantes en estos debates han olvidado reconocer, y por tanto especificar claramente este objeto. Concretamente, han confundido repetidas veces la cuestión de si el trabajo se realiza o no dentro del sistema del mundo capitalista con la cuestión de si se realiza bajo relaciones de producción capitalistas. En otras palabras, no han sabido distinguir el *modo de producción* capitalista del capitalismo como sistema socio-económico mundial en el que el modo de producción capitalista es el dominante, pero no el *único*.

Así pues, la primera parte de este artículo está dedicada a la discusión del concepto de modo de producción y las relaciones de los modos de producción dentro de un sistema económico. En ella se sostiene que el trabajo doméstico es un modo de producción distinto, aunque subordinado. Las partes segunda y tercera explican las condiciones bajo las cuales se realiza un trabajo excedente dentro del trabajo doméstico, los posibles beneficiarios de este trabajo excedente, y los mecanismos de apropiación. La última parte apunta algunas implicaciones políticas del análisis.

1. EL TRABAJO DOMÉSTICO COMO MODO DE PRODUCCIÓN

a) *El concepto de modo de producción*

El concepto de modo de producción, que es central para el materialismo histórico y su formulación, constituye uno de los logros más importantes de Marx. Definido de la forma más general es la manera en que hombres y mujeres producen objetos útiles, o, más precisamente, las relaciones sociales bajo las que tiene lugar la producción de valores de uso.

Un modo de producción se compone de dos esferas o niveles distintos. Uno es el nivel del proceso de trabajo en sí mismo. Es decir, la manera en que se realiza la producción física de valores de uso, o el modo de *transformación de la naturaleza*. El otro nivel es el de la distribución de los valores de uso producidos, o el modo de *apropiación del producto*. Estos dos niveles son relativamente autónomos; esto es, que ninguno de los dos puede ser reducido al otro, o deducido del otro.

Estos dos niveles frecuentemente se confunden con las fuerzas y relaciones de producción. Las fuerzas de producción, interpretadas en sentido restringido comprenden únicamente el conjunto de maquinaria y «técnica científica» —excluyendo, por tanto, las relaciones sociales—, y a menudo se consideran equivalentes al nivel de transformación de la naturaleza. Así pues, las relaciones sociales se consideran implicadas solamente en el nivel de la apropiación del producto. Este es un grave error en la comprensión del análisis de Marx.

Ambos niveles del modo de producción implican relaciones sociales y la explicitación de las caracterís-

ticas esenciales de un modo de producción implica, o mejor dicho significa, la explicitación de estas relaciones. Las relaciones sociales al nivel de la apropiación del producto son relaciones de propiedad. Los productores directos pueden ser propietarios de los medios de producción o bien pueden estar separados de la propiedad de éstos. Estas relaciones de propiedad y no-propiedad pueden tomar distintas formas (por ejemplo, la propiedad puede tomar una forma individual o colectiva).

Debe quedar claro que esta relación es interna al modo de producción, es decir se da dentro de la esfera económica de la formación social global. Por ello, los términos «posesión» y «propiedad» deberían ser interpretados para designar control económico (capacidad para realizar inversiones) más que la relación de propiedad jurídica formal. Las relaciones legales están determinadas en última instancia por relaciones económicas pero tienen una autonomía relativa. No existe, pues, una correspondencia unívoca y necesaria entre las relaciones de propiedad económicas y legales, y éstas no pueden reducirse a aquéllas siguiendo un esquema mecanicista. El hecho de que, por una parte, no existe una correspondencia directa entre propiedad económica y legal en las sociedades contemporáneas en las que el modo de producción capitalista es el dominante, y, por otra, que tal distinción no queda reflejada en el lenguaje cotidiano, dificulta el concebir claramente la diferencia entre los derechos de propiedad económicos y legales.

Las relaciones sociales al nivel de la transformación de la naturaleza son también relaciones entre los productores y los medios de producción, pero no son relaciones de propiedad. Son la manera en que los productores se relacionan con los medios de tra-

bajo (herramientas, máquinas, etc.) para actuar sobre los objetos de trabajo (materias primas) y transformarlos en productos. Los productores directos pueden estar separados de la aplicación de los medios de trabajo en el sentido de que no controlan la naturaleza y ritmo de su aplicación, o pueden estar unidos a los medios de trabajo y tener un control sobre cómo se aplican al objeto. Dicha separación o no-separación del control sobre la aplicación de los medios de trabajo puede asimismo tomar distintas formas (puede tratarse de control individual o colectivo, por ejemplo).

Las leyes del movimiento de un modo de producción son las leyes que regulan el desarrollo e interacción de estos dos niveles.

Un ejemplo: El modo de producción capitalista

Las relaciones sociales al nivel de la apropiación del producto son relaciones de separación bajo el modo de producción capitalista. Los capitalistas, y no los productores directos, poseen los medios de producción.

La forma que toma esta relación de separación es la del libre intercambio de mercancías. Los individuos se enfrentan unos a otros en el mercado como poseedores de mercancías con igualdad de derechos para venderlas y sin ninguna obligación extra-económica para vender a un comprador determinado, o a un precio determinado. Este libre intercambio se regula, a través de un mecanismo competitivo, por la ley del valor: es decir, que las mercancías tienden a intercambiarse por precios que están en función del trabajo socialmente necesario empleado en su produc-

ción, y el trabajo tiende a ser distribuido entre las distintas ramas de la producción de acuerdo con los requerimientos de la demanda.

La libertad e igualdad del intercambio de mercancías es, naturalmente, de carácter limitado. El trabajador es libre para intercambiar su mercancía particular, la fuerza de trabajo, con el capitalista que quiera, pero, desde el momento en que no tiene otro medio de subsistencia, está obligado a venderla a algún capitalista. De la misma manera, el capitalista ha de convertir sus mercancías en dinero para reproducir su capital y mantener sus negocios.

Sin embargo, la libertad de intercambio es real. No se trata de una ilusión que enmascara la relación real de separación sino de la *forma fenoménica* real que esta relación toma bajo el modo de producción capitalista. Esto es importante por dos razones. En primer lugar, significa que no es posible entender y condenar el fenómeno del intercambio a partir del examen de actos aislados de intercambio. La venta de la fuerza de trabajo por parte de un obrero particular es, o puede ser, un acto de intercambio igual y libre. Solamente si examinamos la reproducción del modo de producción, esto es, no sólo la reposición física de valores de uso, sino también la reproducción de las relaciones sociales, podemos entender que el intercambio libre de mercancías es la forma en que la relación real de separación se expresa y mantiene. El ciclo de producción capitalista no sólo reproduce los medios y objetos de trabajo sino también la clase de trabajadores libres que no tienen más opción que seguir intercambiando su fuerza de trabajo con el capital porque carecen de otros medios de subsistencia.

En segundo lugar, la realidad del intercambio libre de mercancías representa, en ciertos aspectos, un

avance real respecto a modos de producción previos. Significa que, al nivel de la apropiación del producto, los productores directos son libres del tipo de coacción extra-económica, generalmente violenta, que era característica de muchos modos de producción previos.

En el proceso de transformación de la naturaleza bajo el capitalismo no existe tal libertad de coacción extra-económica. Una vez el obrero ha vendido su fuerza de trabajo por un período específico de tiempo pasa a pertenecer al capitalista, el cual le ordena cómo debe realizarse la producción. La capacidad de trabajo del obrero, su fuerza de trabajo, se transforma, literalmente, en una parte del capital poseído por y bajo el control del capitalista. Las decisiones acerca de cosas tales como el ritmo e intensidad del trabajo, el grado de división del trabajo dentro de la fábrica y el orden en que las distintas tareas deben realizarse, las toma el capitalista. Así pues, los productores directos están separados de los medios de trabajo, en el sentido de que no controlan el modo en que éstos se aplican.

De esta manera, las formas que las relaciones sociales de transformación de la naturaleza toman bajo el modo de producción capitalista son mucho más directamente coercitivas que aquéllas tomadas por las relaciones de apropiación del producto. El proceso de trabajo no se caracteriza por la libertad e igualdad del intercambio de mercancías sino por la falta de libertad e igualdad y el neto ejercicio de autoridad y control por parte del capitalista.

b) *Modo de producción del trabajo doméstico*

En contraste con el modo de producción capita-

lista, en el trabajo doméstico existe una libertad relativa al nivel de transformación de la naturaleza. En general, el ama de casa puede usar sus medios de producción como desee. Durante el proceso de trabajo, nadie ejerce ningún control ni autoridad sobre sus movimientos, y por tanto puede determinar su propio ritmo. Existen, naturalmente, limitaciones a la lentitud con que debe realizarse el trabajo si se pretende que todo esté listo a tiempo, pero estas limitaciones son o bien de carácter natural (es decir, impuestas por la naturaleza y no por la forma de la organización social) o bien, si son de carácter social, son *externas al modo de producción* (impuestas por las necesidades del sector capitalista en el que trabaja el marido, por ejemplo). Así pues, esas limitaciones son cualitativamente distintas de las limitaciones sociales con que se encuentra la capacidad del obrero para escoger su ritmo y forma de trabajo que le viene impuesto, en el modo de producción capitalista, por la autoridad del capitalista.

En este aspecto el trabajo doméstico es semejante al modo de producción simple de mercancías, en el que los artesanos poseen sus propios medios de trabajo e individualmente producen mercancías para el intercambio. Es más, tanto en el trabajo doméstico como en el modo de producción simple de mercancías existe un grado de socialización muy bajo en el proceso mismo de producción y, prácticamente, no hay una división interna del trabajo. Sin embargo, en contraste con el modo de producción simple de mercancías, en el trabajo doméstico la especialización es casi inexistente. Más o menos en todos los hogares se realizan las mismas tareas.

El trabajo doméstico, además, difiere crucialmente del modo de producción capitalista al nivel de la apro-

piación del producto. Las amas de casa, contrariamente a los proletarios, no están separadas de la propiedad de los medios de producción. Normalmente, tienen sobre ellos una propiedad económica absoluta, en el sentido anteriormente definido, a pesar de que este hecho casi nunca queda reflejado en la esfera legal. En las sociedades en las que el trabajo doméstico coexiste con el modo de producción capitalista, la esfera legal refleja, por regla general, las relaciones económicas del modo de producción dominante, el capitalista. La legislación, basada en los principios del derecho de propiedad y del contrato, refleja más las necesidades de la producción mercantil que el trabajo doméstico. Es por ello que el marido es, en la mayoría de los casos, el poseedor legal de los medios de producción requeridos para el trabajo doméstico, porque él es el poseedor de la mercancía que la producción del ama de casa contribuye a mantener, la fuerza de trabajo.

En oposición tanto al modo de producción mercantil simple de mercancías como al capitalista, los valores de uso producidos en el trabajo doméstico no son producidos para el intercambio. Se consumen en el seno de la familia en lugar de ser vendidos en el mercado. Así pues, no toman la forma de mercancías y el trabajo doméstico no es un tipo de producción mercantil.

Es necesario remarcar este punto porque varios análisis de la relación entre el trabajo doméstico y el capitalismo afirman que aquél produce la mercancía llamada fuerza de trabajo.² Esto es una confusión. El trabajo doméstico produce valores de uso que entran a formar parte de la subsistencia del obrero de la

2. Ver, por ejemplo, dalla Costa.

misma manera que las mercancías producidas en el sector capitalista proveen elementos para su subsistencia. Decir que el ama de casa produce la fuerza de trabajo porque contribuye a su mantenimiento y reproducción es lo mismo que decir que el capitalista que produce alimentos y vestidos que serán consumidos por los obreros está de hecho produciendo la fuerza de trabajo. Esto es insostenible. ?

Consideremos el «ciclo» del trabajo doméstico semanal. Al comenzar la semana el ama de casa recibe parte del salario de su marido. Lo gasta en el consumo de bienes para sí misma y en factores (excluido el trabajo personal) para el trabajo doméstico. Esos últimos incluyen materias primas que serán totalmente consumidas durante el ciclo (por ejemplo, gran parte de la comida), y «maquinaria» (por ejemplo, una lavadora) que perdura a lo largo de un determinado número de ciclos.³ Durante la semana, el ama de casa transforma las materias primas en distintos valores de uso por medio de su trabajo y el de otros medios de producción. Los productos resultantes son consumidos por la familia en el mismo período de tiempo. El marido, entonces, recibe otro salario, del que da una parte a su esposa y el ciclo recomienza.

Adviértase que este ciclo no es del mismo tipo que un período productivo. Este último es, por muchos aspectos, el período de tiempo más interesante que hay que considerar cuando se analiza la producción de *mercancías*, porque es el período en el cual

3. Es interesante notar que la contabilidad familiar típica hace la distinción (aunque a grandes rasgos) entre productos finales y medios para el proceso productivo doméstico, al distinguir entre «gastos domésticos» (de mantenimiento del hogar) y «gastos personales» (de productos del sector capitalista).

el sistema se reproduce a sí mismo. El capitalista, por ejemplo, adelanta cierta cantidad de dinero al comienzo del período productivo como capital constante y variable, transforma éste en mercancías, las vende por más dinero del que ha adelantado y luego adelanta este dinero, de nuevo, como capital. Esta correspondencia entre el período de producción y el ciclo de reproducción no existe en el trabajo doméstico. Aquí los productos no se venden y por tanto no proveen los ingresos necesarios para el próximo período productivo. Se requiere el salario del marido para comprar nuevas mercancías. Con lo cual, el ciclo reproductivo del trabajo doméstico está más directamente relacionado con el período productivo capitalista que consigo mismo. Esto es así porque el modo doméstico de producción no se reproduce independientemente: su reproducción depende de la reproducción del modo capitalista.

Debe quedar claro que la producción en el trabajo doméstico se desarrolla bajo relaciones sociales muy distintas a las propias de la producción capitalista. En otras palabras, que el trabajo doméstico es un modo de producción totalmente distinto al modo capitalista. Sin embargo, por el hecho de que su reproducción depende de la reproducción del modo capitalista, se trata de algo parecido a un modo de producción truncado, con una relación extremadamente compleja y simbiótica con el capital.

c) *Las relaciones de los modos de producción en un sistema económico*

Los sistemas económicos reales contienen, normalmente, más de un modo de producción. La coexisten-

cia de modos de producción distintos es absolutamente evidente en épocas de formación o transición de un sistema social, en el que un modo de producción es dominante, a otro sistema social en el que el dominante sea un modo de producción distinto (por ejemplo la transición del feudalismo al capitalismo, o la de éste al socialismo). Sin embargo, incluso en épocas de relativa estabilidad en las que un modo de producción es dominante y la sociedad puede ser netamente clasificada por referencia a este modo (sea el caso de Gran Bretaña en la actualidad como una sociedad «capitalista») sólo muy raramente la producción tiene lugar bajo un modo *único*.⁴

Por ejemplo, hoy, en Gran Bretaña, una parte de la economía —el sector que trabaja por cuenta propia— todavía funciona bajo el modo de producción simple de mercancías. En el momento en que Marx escribió *El Capital*, este sector era numéricamente considerable. Sin embargo, él consideró justificado bandear este aspecto al investigar «las leyes de movimiento de la sociedad moderna» porque lo vio, correctamente, como un residuo de un sistema económico previo que, a la larga, sería barrido por el modo de producción capitalista. Podemos llamar a un modo

4. El modo de producción dominante es aquel que más influye en la determinación de la estructura y desarrollo del conjunto de la formación social. No es, necesariamente, el que predomina numéricamente. En la Gran Bretaña contemporánea, por ejemplo, es probable que se dé un mayor gasto de tiempo de trabajo en el ámbito doméstico que en cualquier otro modo de producción. (Téngase presente que no sólo realizan trabajo doméstico las amas de casa sino también los hombres y mujeres trabajadores, jubilados y niños. Al mismo tiempo, no todo el trabajo asalariado se realiza bajo el modo de producción capitalista. Gran cantidad de gente trabaja para el Estado.)

de producción que esté en esta relación con el dominante: *modo residual*.

No todos los modos de producción cuantitativamente insignificantes son vestigios de sistemas económicos anteriores. Algunos son los predecesores de modos futuros. Durante la última etapa del feudalismo el capital mercantil era todavía una parte relativamente pequeña de la producción total pero, al mismo tiempo, era una parte de importancia vital para el futuro desarrollo de la sociedad. Siguiendo la metáfora de Marx según la cual la fuerza es como la «comadrona» en el nacimiento de una nueva sociedad, podemos llamar a un modo de producción que mantenga esta relación con el dominante: *modo fetal*.

Finalmente, hay modos de producción que, a pesar de no ser dominantes, no son ni reliquias del pasado ni anticipaciones del futuro. Son modos creados o cooptados por el modo dominante para cumplir ciertas funciones dentro del sistema económico y social. Su supervivencia depende de la continuidad del modo dominante porque su reproducción está ligada a la reproducción de este modo. Dentro del capitalismo, y quizás especialmente del último capitalismo, el trabajo doméstico y amplias áreas de actividad estatal deben considerarse en este sentido. Llamaremos a éstos: *modos de producción subsidiarios*.

2. TRABAJO DOMÉSTICO Y TRABAJO EXCEDENTE

a) *Valor de la fuerza de trabajo*

El valor de la fuerza de trabajo se determina, como en el caso de cualquier otra mercancía, por el

tiempo de trabajo necesario para la producción y, en consecuencia, también reproducción de este especial artículo... así pues, el tiempo de trabajo requerido para la producción de la fuerza de trabajo se reduce al necesario para la producción de sus medios de subsistencia... (*El Capital*, vol. I, pp. 170-71.)

Existen tres cuestiones importantes a señalar acerca de la fuerza de trabajo según la define Marx. En primer lugar, para conocer el valor de la fuerza de trabajo deben conocerse las técnicas de producción existentes y el trabajo requerido para la subsistencia. Sólo al conocer la cantidad de bienes que han de ser producidos y las técnicas de que se dispone para producirlos puede calcularse el tiempo de trabajo necesario «para la producción de sus medios de subsistencia». Dado que Marx tiene una concepción de la subsistencia más social que biológica (el «elemento moral e histórico») la cantidad de bienes no puede establecerse mediante una estimación psicológica de las necesidades. No se trata tanto de lo que es físicamente necesario como de lo que es socialmente necesario para asegurar la continuidad de una clase de trabajadores libres.

En los inicios del capitalismo la cantidad de trabajo requerida para la subsistencia viene dada, más o menos, por el nivel medio de vida establecido en los modos de producción de los que los trabajadores son desplazados y que continuarán coexistiendo en gran medida con el modo capitalista. El valor de la fuerza de trabajo es, entonces, el tiempo de trabajo socialmente necesario requerido para la producción de dichos bienes en el sector capitalista. Los salarios, y por tanto el nivel de consumo de la clase obrera, fluctuará alrededor de este valor. Sin embargo, cuando el capitalismo tiene ya alguna historia y el nivel medio

de vida ha subido considerablemente, el elemento moral e histórico del valor de la fuerza de trabajo ha sido modificado por el mismo desarrollo del capitalismo. Una vez ha ocurrido esto, no existe ya ninguna referencia externa, como otro modo de producción, por ejemplo, para determinar el valor de la fuerza de trabajo. En esta situación, los requisitos vitales deben ser interpretados solamente como el nivel de consumo *real* de la clase obrera, o si incluimos las fluctuaciones a corto plazo de los salarios reales en torno al valor de la fuerza de trabajo, por la *tendencia* real de consumo.

En segundo lugar, los requisitos vitales han de cubrir el mantenimiento y la *reproducción* del obrero. Así pues, no sólo deben cubrir las necesidades diarias del obrero sino también las de sus hijos con el fin de asegurar la reproducción de la clase. En la práctica, el salario pagado por el capitalista no es directamente proporcional al número de hijos del obrero. Sin embargo, existe una relación, generalmente imprecisa, por el hecho de que el salario varía con la edad, y fundamentalmente por los sistemas de impuestos y subsidios que intentan de forma explícita adecuar los ingresos reales disponibles con el número de personas dependientes.

Finalmente, el concepto del valor de la fuerza de trabajo es específico del modo de producción capitalista. Marx, en la mayoría de los análisis que realiza en *El Capital* hace abstracción de los distintos modos de producción coexistentes y considera un conjunto hipotético de relaciones de producción estrictamente capitalistas. Este hecho implica, naturalmente, que todos los bienes sean producidos de forma capitalista. Es ésta una abstracción perfectamente legítima y extre-

madamente útil al analizar «las leyes de movimiento de la sociedad moderna».

De todas formas, en un sistema capitalista real, no todos los bienes necesarios para la subsistencia del obrero serán producidos bajo el modo de producción capitalista. En otras palabras, parte de éstos serán producidos fuera del sector capitalista. En la economía contemporánea de Gran Bretaña, por ejemplo, tanto los productores estatales como los pequeños productores de mercancías, es decir, individuos que trabajan por cuenta propia, proveen parte de los bienes de consumo de los trabajadores. De forma parecida, el trabajo doméstico es un elemento importante para la subsistencia del trabajador y las personas que dependen de él.

En esta situación se ve claramente que el valor de la fuerza de trabajo no es sólo el tiempo de trabajo gastado en la producción, en el sector capitalista, de una parte de la subsistencia del obrero. Debemos tener en cuenta también el trabajo realizado fuera del sector capitalista que contribuye a mantener el nivel de vida del obrero.

b) *Trabajo y trabajo excedente del ama de casa*

El ama de casa realiza básicamente un trabajo de tres tipos. Produce valores de uso para sí misma (preparar su propia comida o lavar su ropa), valores de uso para su marido (lavarle la ropa) y valores de uso para sus hijos. Realiza un trabajo excedente si su tiempo de trabajo sobrepasa el tiempo de trabajo empleado en la producción de sus propios medios de subsistencia. Estos consisten en las mercancías obtenidas con la parte del sueldo familiar de la que parti-

cipa (que para facilitar el análisis consideraremos que está en su totalidad producido en el sector capitalista) y los valores de uso que produce para sí misma.⁵

5. La distinción entre conceptos específicos del modo de producción capitalista y otros de tipo más general que pueden aplicarse a diferentes modos de producción es muy importante, pues permite hablar con sentido de la proporción entre excedente y trabajo necesario en modos de producción no-capitalistas pero no de la tasa de explotación, que sólo es aplicable allí donde el trabajo excedente toma la forma de plusvalía. No se trata de una sutileza terminológica pues la noción de explotación supone las relaciones sociales de producción en las que el obrero está bajo el control directo del capitalista que le impone sus propias condiciones de trabajo. Es como el ama de casa que produce valores de uso y no mercancías (pues sus productos no están destinados al intercambio), y su tiempo de trabajo no tiene valor. También aquí es algo más que una sutileza lingüística porque el valor no es simplemente tiempo de trabajo sino tiempo de trabajo socialmente necesario y, mientras que, bajo el modo de producción capitalista, es obviamente necesario reducir el tiempo de trabajo real a su equivalente socialmente necesario (pues la competencia asegura que el intercambio anárquico se regule por el tiempo de trabajo necesario para la producción *según el nivel técnico medio en uso*), no está claro que la reducción esté justificada al analizar otros modos de producción en los que no existen unas fuerzas de mercado equivalentes que hagan efectiva tal reducción en la práctica. Así, al calcular el trabajo doméstico excedente, la producción del ama de casa debe ser considerada en términos del tiempo de trabajo actual (incluyendo la parte de su subsistencia que ella produce para sí misma) mientras que los elementos de su subsistencia producidos en el sector capitalista deben ser considerados en función del tiempo de trabajo socialmente necesario.

Cuando se considera el nivel global (es decir, el trabajo total realizado en los sectores capitalista y doméstico) carece de importancia el que sea el sector capitalista el que consiga el equilibrio de la producción total. El tiempo de trabajo socialmente necesario es en cada industria el promedio del tiempo de trabajo factual, que excede su equivalente socialmente necesario si la técnica empleada es menos eficiente que la em-

c) *La apropiación del trabajo doméstico excedente*

Consideremos el caso de un matrimonio sin hijos. La esposa se dedica solamente al trabajo doméstico para el cual no se requiere ningún aprendizaje y consiste en la producción de valores de uso para sí y para su marido. Trabaja 10 horas al día, 5 produciendo valores de uso para sí misma y 5 valores de uso para su marido y no emplea más medios de producción que su propio trabajo. Su marido trabaja exclusivamente en el sector capitalista donde todo trabajo es simple (es decir, no cualificado) y socialmente necesario. Trabaja 10 horas diarias y recibe un salario que equivale a 5 horas. La mitad de este salario representa los medios de subsistencia de su esposa. Costaría el mismo tiempo de trabajo producir los valores de uso creados por el trabajo doméstico bajo el modo de producción capitalista.⁶

pleada por término medio, y no alcanza su equivalente socialmente necesario si la técnica es relativamente avanzada. Así pues, la suma del trabajo factual y el socialmente necesario son necesariamente iguales para cada industria y, en consecuencia, para el sector capitalista en su conjunto. Por tanto, los ejemplos numéricos que se dan en el texto deben considerarse como una ilustración del flujo total de trabajo entre los dos sectores, más que interpretarse estrictamente en base a una familia en particular.

6. Debe quedar claro que esto no es un intento de comparar el nivel general de productividad de los dos sectores, o de comparar la productividad en la producción de distintos valores de uso, pues ambos intentos carecen de sentido. Se trata de una comparación de la productividad en la producción de los mismos valores de uso, en los dos sectores. Por lo tanto, mientras que es absurdo el intento de comparación entre lavar los platos y la producción de coches, es perfectamente razonable comparar el trabajo de lavar los platos en casa y el hacerlo en los restaurantes capitalistas. Allí donde el capitalismo no puede producir los mismos valores de uso,

El trabajo total realizado es de 20 horas. De estas 20, 15 representan el trabajo implicado en la producción de los medios de subsistencia de la familia (2 horas y media por aquellos bienes producidos en el sector capitalista y consumidos por el marido, 2 horas y media por aquéllos producidos de forma capitalista y consumidos por la mujer y 5 horas cada uno por los bienes producidos por la mujer y consumidos por ella y su marido, respectivamente). Las otras 5 horas representan trabajo excedente. Si observamos ahora a los miembros de la familia por separado, individualmente, veremos que ambos consumen 7 horas y media de trabajo productivo (2 y media cada uno del sector capitalista y 5 horas cada uno del sector doméstico) y de este modo realizan dos horas y media de trabajo excedente cada uno. Sin embargo, las 5 horas aparecen como plusvalía generada en el sector capitalista, desde el momento en que el marido trabaja 10 horas para el capitalista y recibe un salario que equivale solamente a 5.

El mecanismo por el cual tiene lugar esta transferencia del trabajo doméstico excedente al sector capitalista es el pago, por parte del capitalista, *de salarios que están por debajo del valor de la fuerza de trabajo*. Consideremos simplemente el mantenimiento del obrero. (En efecto, estamos ahora haciendo abstracción del problema de la reproducción al considerar que la familia no tiene hijos.) Sus requisitos vitales exigen un trabajo de 7 horas y media para ser

no aparece el problema de la productividad comparada y uno no puede preguntarse por la forma de ajustar el tiempo de trabajo factual del ama de casa para salvar las diferencias en la productividad. En este artículo el término «niveles de productividad relativos», que se utiliza como abreviación útil, debe leerse teniendo siempre presente esta observación.

producidos, pero el capitalista le paga solamente el equivalente a 5 horas. El capitalista puede hacer esto porque las 2 horas y media de diferencia las aporta el trabajo no-pagado del ama de casa.

Lo que sucede en realidad es que 2 horas y media de trabajo quedan transferidas del sector capitalista al doméstico (en forma de la parte de la subsistencia de la esposa producida en el sector capitalista) y 5 horas quedan transferidas del sector doméstico al capitalista (en forma de la parte de la subsistencia del marido producida en el hogar). Existe, pues, un «flujo neto» de 2 horas y media (el tiempo excedente de la esposa) del sector doméstico al capitalista.

Siendo el beneficio del sector capitalista la diferencia entre el valor añadido y lo pagado en concepto de salarios, aquél no es equivalente a la plusvalía. Se incluye tanto el trabajo excedente realizado en el sector capitalista (es decir, plusvalía) como el trabajo doméstico excedente. En general, cuando el sector capitalista coexiste con otros sectores basados en modos de producción distintos, los beneficios sólo coincidirán con la plusvalía en una situación en la que la transferencia de trabajo entre el sector capitalista y los demás quede compensada, es decir, en la que no exista una transferencia neta.

○ Comparemos esta situación con otra en la que ambos, marido y mujer trabajan directamente para el capital. De igual manera se realizan 20 horas de trabajo. Sus requisitos vitales son también equivalentes a un total de 15 horas (7 y media cada uno). También en este caso, como en el anterior, cada uno de ellos realiza 2 horas y media de trabajo excedente sumando un total de 5 horas de trabajo excedente para el capital. Sin embargo, en esta situación el capital debe pagar a ambos el valor de su fuerza de

trabajo porque no existe un trabajo excedente disponible que produzca artículos de subsistencia fuera del sector capitalista.

La importancia de los supuestos

Todos los supuestos considerados responden a un deseo de simplificación y de conveniencia matemática, y ninguno de ellos es necesario para el análisis. Evidentemente, es posible modificar el ejemplo incluyendo a los niños, suponiendo que el marido participa en el trabajo doméstico, por el uso de ingresos domésticos no laborales, etc.⁷ De todos modos, dos de los supuestos son particularmente interesantes:

- 1) *La división del tiempo de trabajo de la mujer entre la producción para sí misma y la producción para su marido*

Si en lugar de considerar que la mujer dedica 5 horas a la producción de valores de uso para ella misma y 5 para su marido consideramos que dedica las 10 horas a la producción de valores de uso para él, entonces la subsistencia familiar global seguirá siendo de 15 horas pero la división en el interior de la familia se altera de tal forma que el marido consume en este caso el equivalente a 12 horas y media y la mujer 2 horas y media. De esta forma el valor de la fuerza de trabajo del marido excede su propio tiem-

7. Esto lo ha hecho Jean Gardiner considerando familias con hijos y personas que viven solas y realizan simultáneamente trabajo asalariado y doméstico. Este estudio permanece inédito hasta el momento.

po de trabajo. Esto no es tan absurdo como parece a primera vista. Al capitalista todavía le es provechoso emplearle porque no ha de pagarle el valor de su fuerza de trabajo.

La situación es equiparable a la teoría leninista de la «aristocracia del trabajo». Un cierto sector del proletariado, en este caso los obreros masculinos, obtiene un nivel de subsistencia «artificialmente» superior trabajando para el capital que se apropia del trabajo excedente de otras áreas. En la teoría leninista clásica éstas son regiones coloniales que pueden o no actuar bajo relaciones de producción capitalistas. En el caso del trabajo doméstico, el excedente se extrae del trabajo realizado en la metrópoli pero fuera del modo de producción capitalista.

Sin embargo la forma en que se obtiene la subsistencia es diferente. En el modelo clásico de la «aristocracia del trabajo» la subsistencia de la totalidad de los obreros la proporciona el capital que es capaz de pagar salarios más elevados porque se apropia del trabajo excedente de la periferia. En el ejemplo del trabajo doméstico una parte de la subsistencia del obrero la aporta su esposa en forma de valores de uso directamente y así el capital puede pagar salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo.

2) *Niveles de productividad relativos en la secciones capitalista y doméstica*⁸

Si en lugar de considerar que el nivel de productividad es igual en los sectores capitalista y doméstico consideramos que es doblemente elevado en el sector capitalista entonces la composición general se altera.

8. Ver nota 6.

El sustento del marido requiere todavía el gasto de 7 horas y media de trabajo en la producción de sus medios de subsistencia (2 y media en el sector capitalista y 5 horas en el doméstico) y sucede lo mismo en el caso de su mujer, pero el valor de su fuerza de trabajo es ahora de 5 horas solamente desde el momento en que éste sería el tiempo requerido para producir la totalidad de sus medios de subsistencia en el sector capitalista. Así pues, el salario del marido equivale al valor de su fuerza de trabajo. Se mantiene un flujo neto de 2 horas y media de trabajo del sector doméstico al capitalista pero el capital, ahora, no gana nada con ellos, contrariamente a lo que sucedía antes, porque las 2 horas y media gastadas en proveer el componente de la subsistencia de la mujer producida de forma capitalista es ahora suficiente para producir, en el sector capitalista, el componente de la subsistencia del marido, producida anteriormente en el hogar.

Este hecho puede verse claramente si comparamos de nuevo esta situación con una en la que marido y mujer trabajen directamente para el capital. También aquí se realizan 20 horas de trabajo total y el valor de la fuerza de trabajo es de 10 horas. (5 horas cada uno; 2 y media destinadas a bienes producidos previamente en el sector capitalista y 2 y media para bienes producidos previamente en el hogar empleando 5 horas, pero producidos ahora con la mitad del trabajo en el sector capitalista.) El salario iguala el valor de la fuerza de trabajo y se realizan 10 horas de trabajo excedente total (5 cada uno).

Si la productividad en el sector capitalista es cuatro veces mayor a la del sector doméstico entonces el valor de la fuerza de trabajo del marido es de 3 horas y tres cuartos y su salario excede ahora el va-

a) *Ventajas de la existencia del trabajo doméstico siendo el valor de la fuerza de trabajo fijo*

Si mantenemos el supuesto de que el valor de la fuerza de trabajo es fijo, entonces existe sólo un caso en el que los obreros masculinos mejoran de forma evidente por el hecho de que exista el trabajo doméstico como modo de producción subsidiario. Es el caso, señalando en la Parte segunda sección b), en el que el valor de la fuerza de trabajo masculina excede el tiempo de trabajo realizado. Es evidente que mejoran porque el capital no les emplearía, es más *no podría* emplearles en absoluto por el valor de su fuerza de trabajo. En términos generales, el capital no desea emplear a nadie si debe pagar salarios que iguallen el valor de la fuerza de trabajo. En este caso, puede decirse que los obreros masculinos salen beneficiados de la existencia del trabajo doméstico porque así aumentan las posibilidades de empleo.

Sin embargo, si asumimos una situación de pleno empleo, manteniendo el valor de la fuerza de trabajo fijo, *por definición*, ni los obreros masculinos ni femeninos pueden ganar o perder, en términos del nivel de vida, por el hecho de que exista el sector doméstico. Tanto si ambos trabajan directamente para el capital como si la mujer realiza trabajo doméstico, ambos reciben bienes para su subsistencia que requieren para ser producidos un cierto número de horas de trabajo en el sector capitalista. Especificando el valor de la fuerza de trabajo, queda especificado, a un determinado nivel de productividad, el nivel de vida real de la familia. El único problema que queda por resolver es si el capital sale beneficiado de la existencia del trabajo doméstico.

El factor más importante para determinar si el ca-

capital sale o no beneficiado es el nivel de productividad relativo entre las secciones capitalista y doméstica. En la Parte segunda sección b) se demostró que si la productividad en el trabajo doméstico excedía a la productividad en el sector capitalista produciendo los mismos valores de uso, entonces el capital se apropiará de menos trabajo excedente empleando a marido y mujer directamente que el que aparentemente se apropia del marido sólo cuando la mujer realiza el trabajo doméstico. De forma similar si la productividad en el sector capitalista que suple al antiguo sector doméstico excede el nivel que allí alcanzaba, entonces el capital podrá apropiarse más trabajo excedente empleando directamente a marido y mujer. Si los niveles de productividad son iguales, entonces la cantidad absoluta de trabajo excedente apropiado por el capital será también igual.

De todas formas, en el último caso el capital no es necesariamente indiferente al hecho de que exista o no trabajo doméstico como modo de producción subsidiario. En el primer ejemplo, no se requieren medios de producción distintos al trabajo para la producción de bienes domésticos. Admitamos, sin embargo, que el capital debe avanzar salarios. En el caso de que marido y mujer trabajen para el capital directamente, la plusvalía total, 5 horas, tendrá que ser distribuida, ahora, entre más capital (desde el momento en que ha tenido que avanzarse en forma de salarios una cantidad mayor) y la *tasa de beneficios* será por tanto menor. (En qué proporción descenderá depende de la relación entre el volumen salarial y el stock de capital fijo en la parte del sector capitalista que usa capital fijo, y del volumen relativo de la parte que suple al sector doméstico.)

Donde el trabajo doméstico requiere factores dis-

tintos del trabajo personal, éstos deben ser sustraídos del sueldo del marido en una situación en que el trabajo doméstico existe como modo de producción subsidiario, por contraste con otra en que la economía sea totalmente capitalista. En la situación subsidiaria el salario del marido representa tres cosas: la parte de su subsistencia producida por el capital, la parte de la subsistencia de su esposa que es producida en el sector capitalista y los factores (excluido el trabajo personal) que se hacen al sector doméstico producidos por el capital. Si tanto el marido como su mujer están empleados directamente por el capital y los valores de uso domésticos se producen de forma capitalista, entonces, si deben mantener su mismo nivel de vida, el capital debe pagarles a ambos lo suficiente para comprar todos los elementos necesarios para su subsistencia directamente del capital. De ahora en adelante no necesita pagarles nada para factores de trabajo doméstico. Los medios de producción no-laborales para la producción de los bienes domésticos pasan a ser parte del capital (el capital constante empleado en la producción de valores de uso anteriormente producidos en el hogar), entre el cual se divide la plusvalía total en forma de beneficio.

Una reducción en la cantidad de trabajo requerido para producir las aportaciones no-laborales en la producción de bienes domésticos, que fue posible por los cambios técnicos ocasionados al capitalizar el trabajo doméstico, representa un avance para el capital en su conjunto. (Desde el momento en que la cantidad sustraída del salario del marido, excede al aumento de capital constante requerido.) Esto es comparable a la diferencia en niveles de productividad entre el sector doméstico previo y el nuevo sector doméstico.

b) *Trabajo doméstico y la formación del valor de la fuerza de trabajo*

En la realidad, ni el nivel medio real de vida ni el valor de la fuerza de trabajo se mantienen fijos mucho tiempo. Tampoco se fijan de forma autónoma sino que están determinados en el interior del sistema. Un paso importante en la comprensión del papel de la familia en la historia del capitalismo y, más específicamente, para intentar contestar nuestra pregunta sobre por qué el trabajo doméstico no ha sido capitalizado, lo constituiría el análisis del papel del trabajo doméstico en la *formación* del valor de la fuerza de trabajo. Como un ejemplo del tipo de función que *podría* realizar, consideremos las formas en las que la creación del trabajo doméstico como modo de producción subsidiario podría elevar el valor de la fuerza de trabajo masculina. Un movimiento del capital para emplear a hombres y mujeres directamente, formando una clase de amas de casa, podría tener este efecto en un doble sentido. En primer lugar, podría significar que con el *mismo salario* el marido consigue un nivel de vida superior. El ejemplo de la Parte segunda, sección b), ilustra este hecho. Al marido se le paga un salario que representa 5 horas de tiempo de trabajo. El da a su mujer el equivalente a 2 horas y media quien, en compensación, le devuelve un valor en medios de subsistencia igual a 5 horas. Considerando que los niveles de productividad del trabajo doméstico son iguales a los del sector capitalista entonces el valor de la fuerza de trabajo del marido ha pasado de 5 a 7 horas y media, y su nivel medio de vida ha aumentado en un 50 %, sin que su salario haya variado.

Debe quedar claro que el nivel de productividad

relativo tanto del sector capitalista como del doméstico y la división del tiempo de trabajo de la mujer entre la producción para sí misma y la producción para su marido son factores importantes a la hora de determinar si él saldría ganando con la creación de un sector doméstico.

En segundo lugar, la creación del trabajo doméstico como modo de producción subsidiario puede ser importante para elevar el nivel salarial. Se postula la posibilidad de traspasar parte del trabajo del sector capitalista al modo de producción subsidiario en una situación en que el nivel de productividad sea lo suficientemente elevado como para que sea posible pagar salarios suficientes no sólo para cubrir las necesidades mínimas de subsistencia del obrero sino también para costear parte del mantenimiento de las personas que dependen de él. Es más, la exclusión de las mujeres del mercado de trabajo puede mejorar el poder de negociación del trabajo masculino.

Por supuesto, los efectos de la creación del trabajo doméstico como modo subsidiario sobre el valor de la fuerza de trabajo masculina *no han de ser* todos favorables. La existencia del trabajo doméstico también provee al capital de un mercado de trabajo más flexible. Los individuos pueden entrar y salir del sector doméstico, y de hecho lo hacen. Esto tiende a debilitar el poder de negociación del trabajo masculino. Al aportar una fuente alternativa de fuerza de trabajo, con frecuencia a precios inferiores, el sector doméstico cumple algunas de las funciones del ejército industrial de reserva.

Debo subrayar que ésta *no* pretende ser una explicación del desarrollo histórico actual. Se trata simplemente de una ilustración de ciertas relaciones formales y de cómo puede ser útil el análisis de las

relaciones entre los modos de producción en un sistema económico a fin de formular ciertas cuestiones abstractas básicas de forma clara; por ejemplo, por qué el trabajo doméstico existe como modo de producción subsidiario.

c) *La decadencia de la manufactura y el nacimiento de la industria moderna*

El análisis resulta también útil al examinar desarrollos históricos más concretos. Como ejemplo consideremos el efecto sobre el trabajo doméstico, los salarios y el valor de la fuerza de trabajo del cambio en el modo de transformación de la naturaleza que Marx llama el paso de la manufactura a la industria moderna.

En la medida en que la maquinaria ahorra fuerza muscular, se convierte en un medio de emplear obreros de menor fuerza muscular... Así, el trabajo de las mujeres y niños fue el primer pensamiento de los capitalistas que usaron maquinaria. (*El Capital*, vol. I, pág. 394.)

Recordemos nuestro ejemplo anterior en el que el marido trabaja 10 horas y recibe un salario equivalente a 5 y la mujer trabaja 10 horas en el hogar. Consideremos que con el advenimiento de la industria moderna la esposa es ahora empleada por el capital con el mismo salario que su marido, pero continúa realizando el mismo trabajo doméstico que realizaba antes. El trabajo total realizado es ahora 30 horas (10 horas realizadas por cada uno de ellos en el sector capitalista y 10 en el hogar). De éstas, 20 se

emplean en la producción de medios de subsistencia (10 en el sector capitalista y 10 en el hogar). El valor de la fuerza de trabajo de cada uno es de 10 horas, pues ambos consumen 5 horas de trabajo en mercancías producidas en el sector capitalista y 5 horas en valores de uso domésticos. El capital recibe la misma tasa *aparente* de plusvalía por persona empleada (pues sigue pagando salarios equivalente a 5 horas por 10 horas de trabajo, como antes) pero la cantidad absoluta se dobla (10 horas en lugar de 5, pues ahora emplea directamente a marido y mujer).

Sin embargo, la tasa real de plusvalía es cero, desde el momento en que el valor de la fuerza de trabajo es igual al número de horas trabajadas en el sector capitalista (10 cada uno). El beneficio total es ahora el trabajo excedente realizado por la mujer en el trabajo doméstico. Ambos, marido y mujer, trabajan 10 horas para el capital y consumen valores de uso por el valor de estas 10 horas. La mujer realiza además 10 horas de trabajo doméstico que son apropiadas completamente por el capital. El mecanismo de apropiación es, asimismo, el pago de salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Tanto al marido como a la mujer se les paga sólo el equivalente a 5 horas de trabajo cuando el valor de su fuerza de trabajo es de 10 horas, y de esta forma el capital se *apropia* todo el trabajo realizado en el ámbito doméstico. Marido y mujer consumen cada uno 2 horas y media más en valores de uso de lo que consumían cuando sólo el marido estaba empleado por el capital pero ahora la mujer trabaja 10 horas más. De esta forma el capital puede apropiarse 5 horas más que antes de trabajo excedente.

Sin embargo, no existe garantía alguna de que los salarios se mantengan al mismo nivel al que estaban

cuando sólo el marido estaba empleado por el capital. Como dice Marx:

La maquinaria, al arrojar a cada miembro de la familia al mercado de trabajo, disemina el valor de la fuerza de trabajo del hombre en la familia entera. De este modo, deprecia su fuerza de trabajo. (*El Capital*, vol. I, pág. 395.)

Si cuando la mujer sale también a trabajar para el capital los salarios descienden hasta representar sólo 2 horas y media de trabajo, entonces el valor de la fuerza de trabajo de ambos, marido y mujer, es de 7 horas y media cada uno (2 horas y media para mercancías producidas en el sector capitalista y 5 horas para aquéllas producidas en el hogar). Su nivel de vida, interpretado en sentido restringido como el conjunto de bienes que consumen, no ha cambiado por el hecho de que la mujer trabaje para el capital. Lo que ha cambiado es la cantidad total de trabajo realizado y la parte de éste que es apropiado por el capital. Cuando sólo el marido era empleado directamente por el capital, el trabajo total realizado era de 20 horas, 15 de las cuales constituían el trabajo necesario y, por tanto, el capital se apropiaba 5 horas de trabajo excedente. Ahora el trabajo total realizado es de 30 horas y el capital se apropia de 15 horas de trabajo excedente. Al pagar un salario equivalente a 2 horas y media por 10 horas de trabajo, el capital, aparentemente, se apropia de 7 horas y media de trabajo tanto del marido como de la mujer. En realidad, el valor de la fuerza de trabajo de cada uno es de 7 horas y media y el capital se apropia de 2 horas y media provenientes del marido y 12 horas y media

provinientes de la mujer (2 y media realizadas en el sector capitalista y 10 en el sector doméstico).

De todas formas, no es probable que la mujer que ha pasado a trabajar en el sector capitalista siga trabajando en el hogar tanto tiempo como lo hacía cuando solamente su marido trabajaba directamente para el capital. Marx señala este aspecto y advierte sus consecuencias:

El trabajo doméstico, tal como coser y zurcir, debe ser substituido por la compra de artículos confeccionados. Así pues, la disminución del gasto de trabajo en el hogar se acompaña de un aumento del gasto de dinero. El coste de mantenimiento de la familia aumenta y sirve de contrapeso a un nivel de ingresos más elevado. (*El Capital*, vol. I, pág. 395, nota segunda.)

Este es un caso en el que el valor de la fuerza de trabajo permanece constante pero se altera la composición de los medios de subsistencia; ahora aumenta la proporción de bienes producidos en el sector capitalista frente a los producidos en el sector doméstico. Asumamos que se reduce el trabajo doméstico de 10 horas a 7 y media. Si el valor de la fuerza de trabajo sigue siendo de 7 horas y media (nivel obtenido antes de que la mujer saliera a trabajar para el capital directamente), entonces el capital debe pagar salarios equivalentes a 3 horas 45 minutos a cada uno de ellos, marido y mujer (porque cada uno puede disponer solamente de bienes domésticos equivalentes a 3 horas 45 minutos). De esta manera, el nivel total de ingresos salariales de la familia es más elevado que antes (7 horas y media en lugar de las 5 que eran pagadas al marido) pero el nivel de vida (es decir, el valor de

los bienes de subsistencia) es el mismo. La esposa trabaja 7 horas y media más que son apropiadas en su totalidad por el capital.

Así pues, el capital se beneficia del trabajo de la mujer en el sector capitalista, si el valor de la fuerza de trabajo permanece constante, en la medida en que el trabajo que la esposa realiza en este sector no compensa totalmente la disminución del trabajo doméstico a realizar.

4. IMPLICACIONES POLÍTICAS

a) *Las mujeres como clase*

Normalmente, los marxistas son los primeros en denunciar la opinión, que reaparece con demasiada frecuencia, de que las mujeres forman una clase. No resulta difícil de entender. A nivel de discusión, ha sido muy importante que los socialistas insistieran dentro del movimiento femenino tanto en el hecho de que las mujeres no son primordialmente oprimidas por los hombres sino por el capitalismo, como en que el trabajo doméstico forma parte del sistema capitalista y el capital se beneficia de su existencia. Han argumentado, de forma correcta, que el trabajo doméstico cumple, para el capital, una función esencial: el mantenimiento y reproducción del trabajador.

Sin embargo, esta correcta insistencia en que el trabajo doméstico es parte del sistema capitalista se ha confundido con la idea de que forma parte del *modo de producción* capitalista. Desde el momento en que el trabajo doméstico se realiza fuera del ámbito de las relaciones de producción capitalistas, aque-

llos que lo realizan no pertenecen a ninguna de las clases sobre las que se cimentan esas relaciones. Las amas de casa no son proletarias ni capitalistas; forman una clase distinta.

Naturalmente, esto significa que gran cantidad de gente pertenece a dos clases. Las mujeres que trabajan para el capital y realizan además una parte considerable de trabajo doméstico son al mismo tiempo proletarias y amas de casa. Este no es el único caso de individuos pertenecientes a dos clases. Aquel que conforma una parte proporcionalmente significativa de sus ingresos con la posesión de acciones y, al mismo tiempo, realiza un trabajo asalariado, pertenece a las dos clases, burguesía y proletariado. La diferencia entre ambos casos es que el poseedor de acciones está con un pie en cada una de las clases del modo de producción capitalista, siendo explotador y explotado al tiempo, mientras que el ama de casa proletaria trabaja bajo dos modos de producción distintos. El capital le extrae trabajo excedente en los dos modos pero la forma de apropiación es distinta. Este tipo de doble pertenencia de clase es cuantitativamente mucho más importante.

El hecho de que el capital se apropie tanto del trabajo excedente de los proletarios como de las amas de casa puede dar la impresión de que las diferencias de clase son irrelevantes. Ciertamente, puede crear en ambos un interés objetivo en el derrocamiento del capitalismo. Sin embargo, el modo en que la conciencia de este interés se desarrolle puede ser muy distinto. Por ejemplo, el trabajo doméstico no está socializado en el sentido en que lo está la producción capitalista y la autoridad no se impone directamente en el proceso de trabajo. Marx creyó que estas dos características del modo de producción capitalista eran

importantes en la formación de la conciencia proletaria de clase. Obviamente, el problema de la conciencia de las amas de casa es de gran interés para el movimiento femenino.

b) *Las revoluciones socialista y feminista*

Se discute con frecuencia la necesidad de ambas revoluciones, socialista y feminista. Se dice que la liberación de la mujer es imposible en el capitalismo y que la construcción del socialismo no es, por sí sola, garantía de la liberación de la mujer.

La primera afirmación, según la cual las mujeres no pueden liberarse en el capitalismo, se fundamenta en que el capitalismo necesita de la familia nuclear y del ama de casa para el mantenimiento y reproducción del trabajador. Es cierto que el capital ha transformado el trabajo doméstico en modo de producción subsidiario para realizar, al menos en parte, esa función. Lo que no es cierto es que el capital *nece*site el trabajo doméstico en el sentido de que no exista otra solución para que estas funciones se cumplan. Todas las funciones económicas del trabajo doméstico pueden ser realizadas bajo relaciones de producción capitalistas. No hay razón alguna, a nivel de las leyes de movimiento del modo de producción capitalista, por la que el sistema de lavanderías no pueda extenderse a las guarderías capitalistas o, si se quiere, a los burdeles.⁹ Es perfectamente concebible en un sistema en que todos trabajen directamente para el

9. Incluso en el caso de que el capitalismo no pueda articular ciertas funciones, existen otras alternativas: la intervención del Estado, por ejemplo.

capital y no exista ninguna distinción en base al sexo. En un sistema tal no existiría la *necesidad* de una opresión femenina específica. (Es obvio que las mujeres seguirían explotadas y oprimidas en la forma en que lo son los hombres proletarios.)

Si tal salida es un desarrollo posible del capitalismo, incluso del capitalismo presionado por el movimiento feminista, es otra cuestión. Existen poderosas presiones, a todos los niveles, para el mantenimiento de la familia burguesa. Es más, si la oposición a las formas específicas de opresión de la mujer llega a ser suficientemente fuerte, el capitalismo puede ser incapaz de integrarla sin problemas, e incluso podría desarrollarse una situación revolucionaria. Sin embargo, no es cierto que el capitalismo necesite el trabajo doméstico en el mismo sentido en que necesita, por ejemplo, la propiedad privada de los medios de producción.

La segunda afirmación, según la cual el establecimiento de las relaciones de producción socialistas no garantiza la emancipación de la mujer se fundamenta en ejemplos históricos y en términos de la autonomía relativa de los niveles no-económicos. Ambos son argumentos poderosos. Pero existe otro aspecto: ¿qué relaciones de producción van a ser transformadas? Si se substituyen solamente las relaciones capitalistas y las propias de los modos de producción subsidiarios permanecen sin alteración entonces el modo de producción subsidiario puede ser absorbido por el nuevo modo dominante. Lenin argumentó muy claramente la necesidad de destruir, y no sólo de absorber, el Estado burgués. Esto es cierto también respecto a la familia burguesa.

BIBLIOGRAFIA CITADA

1. Etienne Balibar, escrito incluido en *Para leer el Capital* de Louis Althusser y Etienne Balibar.
2. Mariarosa dalla Costa, escrito incluido en *The power of women and the subversion of the Community*, dalla Costa y Selma James, Falling Wall Press, 1972.
3. Bob Rowthorn, «The reduction of skilled to unskilled labour», mimeo. Será incluido en la publicación de sus artículos por CUP.
4. Bob Rowthorn, «Vulgar economy», en especial la segunda parte: «The capitalist mode of production». CSEB, primavera 1973.



EL TRABAJO DOMESTICO EN EL MODO
DE PRODUCCION CAPITALISTA

El resurgimiento de un movimiento femenino a finales de la década de los sesenta trajo consigo la aparición de una extensa literatura radical en torno a la opresión de la mujer. La mayor parte de estas publicaciones eran de carácter descriptivo. A pesar de que, con frecuencia, las condiciones de vida de la mujer eran presentadas de forma precisa y correcta, el análisis que de ellas se hacía no pasaba de ser superficial en la mayoría de los casos. Al ponerse de manifiesto solamente el aspecto inmediato de la situación opresiva en que se halla la mujer, quedaban ocultas sus raíces estructurales. Sólo deben considerarse como excepción, y aún parcial, los análisis marxistas acerca del trabajo doméstico y del papel del ama de casa bajo el capitalismo. En este campo de investigación podemos recordar las valiosas contribuciones de Margaret Benston,¹ Peggy Morton² y Juliet Mitchell,³ por

1. Margaret Benston, «The Political Economy of Women's Liberation», *Monthly Review*, septiembre 1969.

2. Peggy Morton, «Women's Work is Never Done», *Women Unite*, Canadian Womens Educational Press, Toronto, 1972.

3. Juliet Mitchell, «Women: The Longest Revolution», *New Left Review* 40, noviembre-diciembre 1966. Tr. cast. *La liberación de la mujer: la larga lucha*, Cuadernos Anagrama, n.º 100.

nombrar sólo tres. Recientemente, Selma James y Mariarosa dalla Costa⁴ han presentado una nueva tesis para interpretar el trabajo del ama de casa que ha provocado un vivo debate entre las mujeres que mantenían posturas radicales. Se han opuesto serias réplicas a su argumento principal desde diversos ángulos del movimiento femenino, especialmente desde su ala socialista.⁵ Todo ello ha servido para elevar el nivel de debate de la cuestión y para enfrentar el movimiento obrero con el hecho de que, en un modo de producción capitalista avanzado, las amas de casa continúan siendo un *amplio grupo trabajador* completamen-

4. Selma James y Mariarosa dalla Costa, *The power of women and the subversion of the community*, Bristol, 1973. James y dalla Costa han sostenido en este debate que las amas de casa ocupan un papel central en la lucha de la mujer y que debe construirse una estrategia revolucionaria en torno a su situación en el hogar y al trabajo que allí realizan. Como dice James: «La familia bajo el capitalismo es esencialmente un centro de producción social. Del hecho de que en el pasado los llamados marxistas consideraran que la familia capitalista no producía para el capitalismo, que no formaba parte de la producción social, se siguió una renuncia por su parte a considerar el poder social potencial de la mujer. O mejor, asumiendo que la mujer en la casa no tenía ningún poder social, no podían concebir que el trabajo doméstico fuera productivo. Si su producción es vital para el capitalismo, rehusar producir, rechazar el trabajo, es una palanca fundamental del poder social». En mi opinión, existen graves errores en el trabajo de James y dalla Costa. En las notas a pie de página identificaré brevemente algunos de ellos cuando incidan directamente o contradigan mi tesis de trabajo. Sin embargo, reconozco que no estoy haciendo una crítica completa ni adecuada de su posición. Tal intento requeriría un artículo completamente distinto.

5. Esta discusión se ha desarrollado en numerosos artículos publicados en revistas (*Red Rag*, *Socialist Woman*, *Shrew*, *Radical Philosophy*), como panfletos, y en forma de documentos internos del Movimiento de Liberación de la Mujer.

te alejado de las organizaciones y luchas del proletariado.

Obviamente, los economistas burgueses no han considerado nunca el ama de casa como trabajadora. Para aquellos que actúan hechizados por el fetichismo de la teoría de los precios, toda operación que no tenga un precio estipulado carece a priori de carácter económico. Siendo éste el caso del trabajador doméstico, su estudio cae fuera de su nivel de investigación, no forma parte de la economía oficial. Si a ello le añadimos el gran «poder adquisitivo» que posee el ama de casa y el hecho de que el mercado se ve dramáticamente afectado por su «cambio de gustos», obtendremos la conocida imagen del ama de casa como frívolo parásito social, consumiendo siempre pero nunca produciendo.

Resulta particularmente doloroso comprobar que los marxistas raramente han atacado esta perspectiva reaccionaria de análisis ni destruido sus presupuestos. Es cierto que Marx no analizó, explícitamente, el trabajo doméstico, pero, que yo sepa, no hay nada en sus obras que nos impida hacerlo. Es más, intentaré probar que Marx, en *El Capital*, elaboró un esquema interpretativo en el cual el trabajo doméstico encaja perfectamente. Marx siempre trató el consumo de los medios de subsistencia y la reproducción de la fuerza de trabajo como dos aspectos de un mismo proceso. En realidad, es la forma del salario la que enmascara la relación del trabajo doméstico con el capital y Marx expuso claramente «esta forma exterior de manifestarse, que oculta y hace invisible la auténtica relación, invirtiéndola».⁶

6. *El Capital*, I (Fondo de Cultura Económica, México, 1959), pág. 452. Engels y Trotsky se interesaron por el problema del trabajo doméstico: por ejemplo, «Estoy convencido

El negar la función económica del trabajo doméstico (la reproducción de la fuerza de trabajo) ha tenido repercusiones perjudiciales para otros elementos del análisis marxista. Por ejemplo, éste nunca ha situado adecuadamente la familia nuclear dentro de la formación social capitalista y, con frecuencia, la ha valorado de forma errónea, como un fenómeno estrictamente superestructural. Grandes lagunas en el análisis conllevan una práctica subdesarrollada. No es sorprendente que las organizaciones de izquierda hayan desarrollado, a lo largo de la historia, escasas perspectivas estratégicas que se enfrenten directamente con las relaciones sociales de la familia burguesa.

de que la igualdad real entre el hombre y la mujer sólo podrá ser un hecho cuando la explotación de ambos por el capital haya sido abolida y el trabajo doméstico privado se transforme en una industria pública». Friedrich Engels a Gertrude Guillaume-Schek, 5 de julio de 1885, Marx/Engels, *Selected Correspondence*, Moscú, 1965, pág. 386; «Establecer la igualdad política entre el hombre y la mujer en el Estado soviético fue el problema más simple. Un problema mucho más difícil fue el siguiente: el de establecer la igualdad industrial entre los hombres y mujeres trabajadores en las fábricas, las hilanderías y los sindicatos, y hacerlo de tal manera que los hombres no pudieran aventajar a las mujeres. Pero conseguir la igualdad de hecho entre el hombre y la mujer en el marco del hogar es un problema mucho más arduo. Todos nuestros hábitos domésticos deben revolucionarse antes de que esto pueda ocurrir. Y lo cierto es que antes de que esta igualdad doméstica exista, tanto en el sentido normal como en relación a las condiciones generales de vida, no podremos hablar seriamente de su igualdad en el trabajo, o incluso en política. En la medida en que la mujer está atada al trabajo doméstico, al cuidado de la familia, cocinar, coser, etc., sus posibilidades de participación en la vida social y cultural quedan eliminadas en su casi totalidad» (León Trotsky, *Problems of Life*, Londres, 1953, pág. 21).

Para situar el trabajo doméstico en la producción es necesario describir primero las relaciones de la familia con el modo de producción.⁷ Y ello porque la

7. Notas sobre consideraciones y método: a) Teniendo en cuenta que el objeto central de este estudio lo constituye la relación entre el trabajo doméstico y el trabajo asalariado, he de tomar la familia obrera como el sujeto de análisis apropiado. Con ello, dejo de lado las cuestiones de diferencia de clase entre las familias obreras y burguesas. Sin embargo, asumo que el carácter objetivo de la familia obrera no es en ningún sentido «proletario» sino que se trata de una institución absolutamente burguesa en virtud de su integración funcional en la formación social capitalista. b) El método de análisis usado en esta investigación es más estructural que histórico. Lo que quiere decir que los elementos de la formación social son estudiados en su totalidad estructural en un momento determinado de su desarrollo, generalmente aquel en que el modo de producción que se investiga está en su fase dominante. En el caso de este estudio, la fase es la de plena madurez industrial en las naciones capitalistas avanzadas. Cf. «La historia es posible y puede ser científica sólo a partir de los resultados alcanzados por la investigación estructural preliminar, y los resultados de estas investigaciones históricas contribuirán, a su vez, al desarrollo de la investigación estructural. En este movimiento circular de conocimiento... el punto de partida es siempre el análisis de las estructuras y funciones que se realizan en determinadas condiciones» (M. Godelier, «Rationality and Irrationality in Economics», [NLR, Londres, 1972], pág. XXXIII). Podría objetarse que una investigación estructural no es apropiada porque la opresión de la mujer no es exclusiva del capitalismo sino que apareció con anterioridad a éste. Naturalmente, esto es verdad pero no niega la validez de una perspectiva estructural. Históricamente, el capitalismo fue el heredero de una variedad de residuos institucionales provenientes de las estructuras feudales. Entre las más significativas destacan las relaciones sexuales de propiedad, autoridad, y una división del trabajo basada en la diferencia sexual. Una vez estos residuos fueron incorporados y remodelados dentro del orden burgués, pasaron a ser componentes activos de la formación social en su

totalidad de las relaciones sociales que se dan en una sociedad se fundamenta en un grupo central de relaciones que forman la infraestructura de las demás, constituyen su causa básica. Estas son las relaciones de producción. La familia, en su misma existencia y forma, depende, en último término, del modo de producción dominante.

En las sociedades feudales, existía una biunivocidad entre la familia y la unidad básica de producción y, en consecuencia, el trabajo doméstico como tal formaba parte del trabajo productivo general. La implantación del capitalismo supuso una alteración fundamental en el modo de producción, y estos cambios estructurales han modificado la posición del trabajador doméstico en la producción. Me referiré de forma rápida a estos cambios con el fin de aportar una primera visión de conjunto sobre el tema que estamos investigando antes de realizar un análisis profundo de las implicaciones que dichos cambios suponen en el desarrollo económico general y en la conciencia del ama de casa en particular.

Los siguientes rasgos generales del modo de producción capitalista conciernen a la posición y función del trabajo doméstico:

1. Con el advenimiento del capitalismo industrial, el proceso general de trabajo quedó escindido en dos unidades diferentes: una doméstica y otra industrial. El carácter del trabajo realizado en cada una de ellas era fundamentalmente distinto. La unidad doméstica reproducía la fuerza de trabajo para el mercado de

conjunto, reproduciéndola y siendo reproducidos por ella. Prescindiendo de sus orígenes precapitalistas, las relaciones sexuales y familiares se han transformado en relaciones capitalistas en la época burguesa, y deben ser estudiadas como tales.

trabajo. En la industria se producían los bienes y servicios para el mercado general. Esta escisión en el proceso de trabajo produjo una división en la fuerza de trabajo siguiendo, más o menos, la separación de sexos: las mujeres en el trabajo doméstico, los hombres en la industria. Esta última es la unidad de producción capitalista mientras que la primera constituye la unidad de reproducción para el capital.⁸

2. En la industria, el trabajador está separado de los medios de producción y por tanto del fruto de su trabajo. El sistema de apropiación sólo está circunscrito a esta unidad industrial. A pesar de que el capital se acumula a partir de la apropiación del valor de uso de ambos trabajos, sólo en la producción propiamente dicha se paga un salario. Una consecuencia de este hecho es que generalmente no se considera el trabajo doméstico como parte de la economía.

3. El ama de casa no sólo está separada de los medios de producción sino también de los medios de intercambio. Así pues, depende materialmente de la redistribución del salario que se haga en privado entre ella y su marido, sin la ayuda de más contrato que el contrato de matrimonio establecido por la ley civil.

4. Dado que la forma del salario está reservada

8. La transición histórica de la unidad doméstica desde su situación feudal (integrada en la producción) a la capitalista (separada de la producción) consistió en un desarrollo desigual de larga duración. En la década de 1860 era todavía incompleta cuando Marx escribió en *El Capital*: «En realidad, en Inglaterra impera actualmente el sistema de que el capitalista concentre en su locales un gran número de máquinas, distribuyendo luego el producto de éstas entre un ejército de obreros domiciliarios, para que los rematen. Sin embargo, esta abigarrada variedad de formas de transición no oculta la tendencia hacia la transformación de estas industrias en verdaderas fábricas» (*El Capital*, I, pág. 395).

exclusivamente al trabajo realizado en la industria, es sólo en este ámbito en el que la productividad del tiempo de trabajo resulta de interés para el capital. Es por ello que solamente el trabajo industrial incide directamente en el desarrollo de las fuerzas productivas. Debido a la privatización del trabajo doméstico y a su alejamiento del terreno donde se realiza la apropiación del excedente. La ley del valor no rige para el trabajo doméstico. De lo que resulta que éste no incide directamente en el desarrollo de las fuerzas productivas. Este hecho ha producido múltiples diferencias en la estructura social y el proceso de trabajo propios de cada unidad. Estas diferencias se reflejan en los distintos niveles de conciencia de los trabajadores de los dos campos. Debido a que la división de sexos es correlativa a esa separación material e ideológica, las diferencias de carácter parecen ser el destino biológico del hombre y de la mujer igualmente trabajadores.

5. La división del proceso de trabajo separó la producción del consumo e interpuso el mercado de bienes entre ambos de tal forma que el consumo individual y familiar se realiza siempre en forma de mercancías.

RELACIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO CON EL CAPITAL

La división del modo de producción capitalista en dos unidades, una doméstica y otra industrial, aleja al ama de casa de toda posible relación directa con el capital. Así pues, para situarla dentro de la formación social capitalista se hace imprescindible empezar por

el análisis de aquellos elementos que mediatizan su relación con el capital. En términos estrictamente económicos, la unidad familiar está situada entre el mercado de bienes y el mercado de trabajo, los cuales aseguran, respectivamente, la mediación del consumo y la producción. La actividad interna de la familia refleja esta dualidad. La familia consume los medios de subsistencia, adquiridos en el mercado de bienes y reproduce así la fuerza de trabajo que será vendida al capital en el mercado de trabajo. Estos dos procesos están incorporados en el trabajo doméstico general. No obstante, siendo mi propósito aquí el situar al ama de casa como trabajadora, me concentraré casi exclusivamente en el aspecto de la producción.

Cuando la fuerza de trabajo se intercambia por un salario, toma en esta transacción la forma de mercancía. Al igual que las demás mercancías la fuerza de trabajo tiene un valor producido por el trabajo necesario empleado en su producción: «El valor de la fuerza de trabajo, como el de toda otra mercancía, lo determina el tiempo de trabajo necesario para la producción, incluyendo, por tanto, la reproducción de este artículo específico. Considerada como valor, la fuerza de trabajo no representa más que una determinada cantidad de trabajo social medio materializado en ella».⁹ El valor de la fuerza de trabajo se iguala con el valor del salario, cuando el trabajador la vende al capitalista.¹⁰

9. *El Capital*, I, pág. 124.

10. Marx considera que el valor de la fuerza de trabajo se determina en el contexto de las *condiciones históricas generales* que existen por encima de la mera necesidad física. Escribe: «Después de haber trabajado hoy, el propietario de la fuerza de trabajo tiene que repetir mañana el mismo proceso, en idénticas condiciones de fuerza y salud. Por tanto, la suma de víveres y medios de vida habrá de ser por fuerza su-

Descubrimos aquí dos aspectos de la fuerza de trabajo como mercancía. Por una parte tiene su origen en el trabajo gastado en su producción; por otra, el equivalente de su valor se expresa en el salario. Al ser estas propiedades comunes a todas las mercancías, Marx llamó a estos dos extremos formas *relativa* y *equivalente*. Podemos decir, para referirnos de forma más simple a esta relación, que dos mercancías, fuerza de trabajo y salario, se intercambian por un mismo valor. Esta alternativa expresa meramente la forma equivalente en la fuerza de trabajo como un equivalente externo: el salario.

Dejando aparte el camino que tomemos, la investigación sigue a partir de este punto por caminos similares.

Es el doble aspecto de la fuerza de trabajo lo que le permite jugar este papel mediador entre el ama de casa y el capital. En su forma relativa permanece unida al trabajo doméstico y en su forma equivalente aparece unida al capital. Para facilitar la exposición trataré estos dos enlaces en orden inverso.

ficiente para mantener al individuo trabajador en su estado normal de vida y de trabajo. Las necesidades naturales, el alimento, el vestido, la calefacción, la vivienda, etc., varían con arreglo a las condiciones del clima y a las demás condiciones naturales de cada país. Además, el volumen de las llamadas necesidades naturales, así como el modo de satisfacerlas, son de suyo un producto histórico que depende, por tanto, en gran parte, del nivel de cultura de un país y, sobre todo, entre otras cosas, de las condiciones, los hábitos y las exigencias con que se haya formado la clase de los obreros libres. A diferencia de las otras mercancías, la valoración de la fuerza de trabajo encierra, pues, un elemento histórico moral» (*El Capital*, I, pág. 124).

El salario (la forma equivalente)

Marx divide la jornada laboral industrial en dos partes. Durante la primera (tiempo de trabajo necesario) el obrero produce el valor que se expresa en el salario, suficiente para mantenerse él y su familia en las condiciones de vida consideradas normales para la clase obrera en el momento histórico en que vive. Durante la segunda parte de la jornada (tiempo de trabajo excedente) produce un valor que es apropiado por el capitalista bajo la forma de plusvalía. La acumulación de capital, en su totalidad, se fundamenta en el valor producido durante el tiempo de trabajo excedente.

Desde el punto de vista del capitalista, el salario es un coste de producción más que debe añadirse a los restantes. Su interés se centra en el beneficio medido como porcentaje sobre la inversión total. Las partes constituyentes de su inversión (capital constante y capital variable) le interesan sólo en la medida en que su modificación relativa puede alterar la tasa de beneficios.

Por otro lado, desde la perspectiva del trabajo, el salario es valor creado exclusivamente por el trabajador industrial en una fracción de la jornada de trabajo. Como valor no procede de otro lugar sino del trabajo realizado por el obrero. «Es una parte del producto reproducido constantemente por el mismo obrero la que vuelve constantemente a sus manos en forma de salario. Es cierto que el capitalista le paga el valor de las mercancías en dinero. Pero este dinero no es más que la forma transfigurada del producto del trabajo o, mejor dicho, de una parte de él. Mientras que el obrero convierte una parte de los medios de producción en productos, una parte de su

producto anterior vuelve a convertirse en dinero. Su trabajo de hoy o del medio año próximo se le paga con el trabajo de la semana anterior o del último medio año.»¹¹

La fuerza de trabajo (la forma relativa)

Mientras que el salario es la única fuente de ingresos con que cuenta la familia proletaria para subsistir, ése expresa solamente un aspecto de la dualidad de la fuerza de trabajo. Únicamente cuando se describe el trabajo que ha sido necesario para la creación de la fuerza de trabajo, puede irse configurando su forma relativa. «(La fuerza de trabajo) como toda otra mercancía, tenía ya un valor antes de lanzarse a la circulación, puesto que, para producirla, fue necesaria una determinada cantidad de trabajo social.»¹²

Es cierto que una parte de esa «determinada cantidad de trabajo social» está materializada en las mercancías compradas con el salario (vivienda, comida, vestido, etc.). Pero estas mercancías no andan solas hasta el hogar ni se convierten por sí mismas en el sustento familiar. Las viviendas deben limpiarse, las comidas han de ser preparadas y la ropa lavada para que el valor del salario se convierta en los medios de subsistencia. En resumen, las mercancías que se compran con el salario no pueden ser consumidas directamente, sino que es necesario un trabajo adicional —el trabajo doméstico, concretamente— para convertir estas mercancías en nueva fuerza de trabajo.

Cuando el ama de casa actúa directamente sobre

11. *El Capital*, I, pág. 477.

12. *El Capital*, I, pág. 126.

los bienes comprados con el salario, y necesariamente altera su forma, su trabajo entra a formar parte de la masa cristalizada de trabajo pasado que se materializa en la fuerza de trabajo. El valor que ella crea se convierte en una parte del valor que la fuerza de trabajo alcanza como mercancía al ser vendida. Todo esto no es más que una coherente aplicación de la teoría marxista del valor a la reproducción de la fuerza de trabajo; es decir, que produce valor todo trabajo empleado en la producción de cualquier parte de una mercancía que obtenga en el mercado un equivalente de otras mercancías.

Para refutar esta tesis podría argüirse que el trabajo doméstico tiene un carácter privado y que al no tratarse de un trabajo social no puede realizar ni incidir en el valor de la fuerza de trabajo. Para poder hacer frente a este argumento deberemos introducir la distinción entre trabajo concreto y trabajo abstracto. Por ejemplo: el trabajo de un zapatero y el de un sastre son, en concreto, dos trabajos completamente distintos. Pero cuando sus zapatos y abrigos llegan al mercado para ser vendidos, aquéllos pueden medirse en términos de éstos —y viceversa— y, en abstracto, los trabajos de ambos alcanzan una medida común. Pero si esta relación entre dos la ampliamos hasta comprender la realidad de un mercado general de bienes que contenga la totalidad de las mercancías existentes, requeriremos un nivel de abstracción más elevado: una medida del trabajo medio de la sociedad expresada por la medida universal de las mercancías: el dinero.

Pues bien, cuando la fuerza de trabajo se convierte en mercancía obtiene igualmente un precio en dinero. El trabajo pasado cristalizado en esta mercancía especial se pone, de esta forma, en relación con el

trabajo medio de la sociedad a través del salario. No importa en absoluto que las condiciones específicas en que se realiza el trabajo doméstico sean privadas. El hecho es que cuando la fuerza de trabajo es vendida como mercancía, se hace abstracción de cada uno de los componentes concretos que en forma de trabajo están incluidos en ella, independientemente de su posible carácter privado.

Marx escribe: «En la producción de mercancías, el carácter específicamente social del trabajo privado llevado a cabo de forma independiente consiste en la igualdad de toda clase de trabajo por el hecho de que se trata siempre de trabajo humano, cuyo carácter asume en el producto la forma de valor...».¹³

Aunque el trabajo doméstico adquiera valor en la venta de la fuerza de trabajo, continúa tratándose de un trabajo privado fuera del dominio de la ley del valor. En otras palabras, a pesar de no tener ninguna relación directa con el capital contribuye directamente a la creación de la mercancía llamada fuerza de trabajo. Es este especial *dualismo* el que define el carácter específico del trabajo doméstico bajo el modo de producción capitalista.

*La fuerza de trabajo:
su intercambio con el salario*

Al unir las dos partes de la ecuación obtenemos lo siguiente: El trabajo doméstico figura sustancialmente en la forma relativa del valor de la fuerza de trabajo, pero no forma parte de su equivalente expresado en el salario. Naturalmente, el salario y la fuerza

13. *El Capital*, I, págs. 39-40.

de trabajo tienen el mismo valor, y por ello, a nivel abstracto, se han gastado cantidades iguales de trabajo social en la consecución de las dos partes de la ecuación, pero esta equivalencia no es, a nivel concreto, una identidad. El trabajo que produce la fuerza de trabajo y el trabajo que produce el salario son dos trabajos completamente distintos. El trabajo doméstico está incluido en el primero pero no forma parte del segundo.

Sin embargo, parece existir una dificultad en esta ecuación. Si el salario iguala el valor de la fuerza de trabajo y además el trabajo doméstico está incluido en el valor de la fuerza de trabajo pero no es pagado por el salario ¿no se trata de una ecuación desequilibrada? Es éste un problema aparente, planteado desde una óptica burguesa, que surge como resultado de la forma fenoménica del salario. Este se presenta más como pago por el trabajo que como pago que hace posible la reproducción de la fuerza de trabajo. Marx advirtió esta confusión respecto al trabajo asalariado que también es aplicable al trabajo doméstico.

Para ejemplificarlo, tomemos el salario y dividámoslo en dos partes. Supongamos que la parte A sirve para mantener al trabajador asalariado (y sus sustitutos) y la parte B para mantener al trabajador doméstico (y sus sustitutos). El valor de B es equivalente al valor creado por el trabajo doméstico. Pero ¿es determinable este valor? Marx no deja lugar a dudas al afirmarlo. Cuando se refiere a los trabajadores no productivos incluidos en el sector de los servicios personales (tales como cocineros, costureras...) escribe: «Esto no impide que el valor de los servicios realizados por trabajadores no productivos pueda ser determinado del mismo modo, o de manera análoga, que el creado por los trabajadores productivos: es decir,

por los costes de producción que supone mantenerlos o producirlos».¹⁴

Este es el criterio a partir del cual se puede establecer el valor del trabajo doméstico: crea un valor equivalente a los «costes de producción» de su propio mantenimiento, es decir, la parte B del salario. A+B operan de forma simétrica en la forma del salario considerada en su conjunto. Compran las mercancías necesarias para reproducir sus fuerzas de trabajo respectivas. En la medida en que el ama de casa administra *todo* el sueldo y lo convierte en valores de uso consumibles para la reproducción de *ambas* fuerzas de trabajo, transfiere su valor total, aumentándolo en una cantidad equivalente a B.

EL TRABAJO DOMÉSTICO: NECESARIO PERO IMPRODUCTIVO

¿Podemos considerar el trabajo doméstico como trabajo productivo por el hecho de que crea y transfiere valor? En un sentido general y ahistórico el trabajo doméstico crea valores de uso y como tal es un trabajo productivo. Más aún, no cabe la menor duda de que el trabajo doméstico ha sido un trabajo socialmente necesario a través de la historia y de que sigue siéndolo bajo el capitalismo.¹⁵

14. *Theories of Surplus Value*, I, pág. 159.

15. El trabajo socialmente necesario no debe confundirse con el tiempo de trabajo necesario. Este último es una porción específica de la jornada industrial en la que el trabajador crea un valor equivalente al salario como medio de subsistencia familiar. Esta categoría no puede aplicarse al trabajo doméstico.

En el caso de que los trabajadores vivan solos, el trabajo doméstico no desaparece sino que, o bien debe ser adquirido con el salario (restaurante, lavandería, servicios de limpieza del hogar...) o bien deben ser realizados por los mismos trabajadores asalariados prolongando su jornada de trabajo habitual. En segundo lugar, la reproducción de la fuerza de trabajo no es sólo una necesidad diaria sino que conlleva la reproducción de una generación de trabajadores completamente nueva. En este sentido, la fuerza de trabajo es reproducida antes de que el trabajador haya sido empleado.

De todas formas, estas características generales no son suficientes para caracterizar el trabajo doméstico como productivo *en el contexto específico de la producción capitalista*.¹⁶ Como Marx dice claramente: «Es-

16. Las precisiones que he señalado respecto a las diferencias entre productivo e improductivo, directo e indirecto, producción y reproducción son todas necesarias para situar con precisión al ama de casa en el modo de producción capitalista. En torno a estas distinciones es donde falla el estudio de James y dalla Costa. Al sostener que el trabajo doméstico es productivo no distinguen entre el carácter general del trabajo y su relación específica, y, por tanto, no pueden emplear rigurosamente conceptos tales como «productivo». En ninguna parte sostienen que el ama de casa trabaja en relación directa con el capital, y sin embargo parecen no darse cuenta de que el carácter directo de esta relación es el criterio central del trabajo productivo. Usan el término «productivo» para subrayar la naturaleza imprescindible del trabajo doméstico en la producción capitalista y para contrarrestar la negación de su importancia por parte de algunas generaciones pasadas de marxistas. La observación es oportuna, pero no es imposible rectificar esta omisión, manteniendo un uso preciso de los términos marxistas. En esto, James y dalla Costa se han equivocado. Al mismo tiempo, afirman que el ama de casa está «explotada» pero con frecuencia usan el término en un sentido peyorativo, queriendo significar una opresión psicológica. El ama de casa, según la concepción marxista, no

tas definiciones (de trabajo productivo e improductivo) no derivan de las características materiales del trabajo (ni de la naturaleza de su producto, ni del carácter particular del trabajo como trabajo concreto) sino de una determinada forma social, de las relaciones sociales de producción en las que el trabajo se realiza». ¹⁷ «Dentro del capitalismo, sólo es productivo el obrero que produce plusvalía para el capitalista o que trabaja por hacer rentable el capital. ... Por tanto, el concepto de trabajo productivo no entraña simplemente una relación entre la actividad y el efecto útil de ésta, entre el obrero y el producto de su trabajo, sino que lleva además implícita una relación específicamente social e históricamente dada de producción, que convierte al obrero en instrumento directo de valorización del capital.» ¹⁸

Así pues, un trabajo productivo tiene dos características: tiene lugar en relación directa con el capital y produce plusvalía. ¹⁹ El trabajo doméstico no reúne ninguna de las dos. Su relación con el capital no es directa (es decir, no se trata de un trabajo asalariado) y, en segundo lugar, no crea más valor del que en sí mismo posea. El trabajo doméstico es improductivo (en sentido económico) y corresponde a la descripción que Marx hace de trabajo improductivo, que no se

está explotada porque de su trabajo no se extrae plusvalía. Esta afirmación no implica, como pretenden James y Dalla Costa, ser tolerante en la cuestión de la opresión de la mujer. El ama de casa está fuertemente *oprimida* dentro de la familia nuclear capitalista, pero no es *explotada*.

17. *Theories of Surplus Value*, I, pág. 157.

18. *El Capital*, I, pág. 426.

19. Ver Ian Gough, «Productive and Unproductive Labour in Marx», *NLR* 76, para una exposición clara de esta distinción.

intercambia por capital sino por salario o beneficios.²⁰

¿Acaso categorizar el trabajo doméstico como improductivo implica negar que crea valor? No existe ninguna contradicción entre estas dos categorías en *El Capital*: «Si comparamos el proceso de creación de valor y el proceso de valorización de un valor existente, vemos que el proceso de valorización no es más que el mismo proceso de creación de valor prolongado a partir de un determinado punto. Si éste sólo llega hasta el punto en que el valor de la fuerza de trabajo pagada por el capital deja el puesto a un nuevo equivalente, estamos ante un proceso de simple creación de valor. Pero, si el proceso rebasa este punto, se tratará de un proceso de valorización».²¹

EL TRABAJO DOMÉSTICO Y LA FORMA DEL SALARIO

Del mismo modo que el salario es usado por el trabajador industrial para pagar su subsistencia, lo utiliza también su esposa para asegurar el sustento de la familia. Como miembros de una misma unidad de consumo, marido y mujer tienen un interés común por la cuantía del salario, al tiempo que su forma les diferencia radicalmente: en apariencia a él se le paga su trabajo (de ahí su importancia) mientras que a ella, no (de ahí su trivialidad). Esta forma aparente les confunde a ambos. Antes de analizar esta confusión, hay que dejar bien claro que ninguna apariencia mistificadora que adquiriera el salario tiene un carácter exclusivamen-

20. *Theories of Surplus Value*, I, pág. 157.

21. *El Capital*, I, pág. 146.

te ilusorio. El hecho es que el marido recibe un cheque y su esposa no: esto es una verdad brutal, aunque engañosa, porque sirve para oscurecer una relación subyacente, y (como dice Marx) «oculta y hace invisible la auténtica relación, invirtiéndola».

La base de la confusión en la forma del salario es que, al aparecer como pago por el trabajo realizado en el puesto de trabajo industrial, provoca una sustitución conceptual de la fuerza de trabajo por el trabajo. Más que pagar el trabajo industrial, el salario paga un trabajo completamente distinto: aquel que sirve para reproducir la fuerza de trabajo de toda la familia. Esta sustitución conceptual se produce debido a que el trabajador industrial se encuentra solo ante el capital como un agente independiente, y el trabajo que reproduce su fuerza de trabajo no aparece en esta relación. Así pues, la exclusión del ama de casa de la relación de intercambio entre el trabajo y el capital es un factor decisivo en el establecimiento de la apariencia engañosa del salario. El análisis marxista, al preocuparse por el aspecto de este engaño que se da en la producción, ha olvidado con frecuencia su otro aspecto: el enmascaramiento de la contribución del ama de casa al proceso general de la producción capitalista. Desde el momento en que estos dos aspectos son en realidad las dos caras interdependientes de la misma apariencia engañosa, la repercusión total de la forma del salario no puede ser aprehendida sin una apreciación de su presentación complementaria. Porque sólo si el ama de casa queda excluida de la transacción salarial el trabajador industrial puede aparecer de forma independiente para intercambiar su trabajo por un sueldo y, sólo en este caso, el ama de casa queda al margen y su trabajo no se toma en consideración.

Es como si el capital estuviera dirigiendo una representación teatral titulada «La jornada laboral». Al levantarse el telón, aparece un grupo de trabajadores industriales apiñados en torno a las puertas de una fábrica, dispuestos a ser alquilados para trabajar un día a cambio de un salario. El público encuentra la acción tan absorbente que acepta la apariencia inmediata como si la función fuese real. Al hacerlo olvida que los actores no son los únicos agentes de la acción escénica. Entre bastidores hay un grupo de personas (las amas de casa) que han estado preparando a los obreros durante horas para el momento de alzar el telón. A pesar de que estos obreros no están a la vista, y por tanto no se piensa en ellos, son absolutamente indispensables para la producción.

Está claro que la mistificación del salario no se limita al efecto que tiene sobre los agentes inmediatos de su puesta en escena, sino que alcanza a un mayor número de personas.²² Uno de los resultados generales de esto, es el total oscurecimiento de los orígenes de la plusvalía. Otra consecuencia de la sustitución conceptual de la fuerza de trabajo por el trabajo

22. La mistificación del salario aparece entre los economistas radicales cuando intentan llegar a calcular aproximadamente el valor que el ama de casa alcanzaría en el mercado por su diversos trabajos. Es éste un ejercicio del modo de razonar burgués que encierra una completa capitulación a la racionalidad engañosa de la forma del salario. Se basa en el presupuesto de que los salarios son la medida del valor del trabajo realizado en lugar de un pago en dinero que asegura la subsistencia de la familia. Esta distinción entre trabajo y fuerza de trabajo no es precisamente académica. Puesto que si el subcomponente del salario que costea la subsistencia del ama de casa (lo que yo he llamado parte B) fuera separado del salario y entregado al ama de casa en un cheque aparte, el total de A más B no aumentaría la magnitud del salario en un solo céntimo.

es la anulación de la diferencia entre el trabajo presente y el pasado. En el siguiente pasaje Marx reconstruye tal distinción, y al desarrollarla descubre la base del intercambio fraudulento entre el capital y el trabajo. «Pero el trabajo pretérito encerrado en la fuerza de trabajo y el trabajo vivo que ésta puede desarrollar, su costo diario de conservación y su rendimiento diario, son dos magnitudes completamente distintas. ... Al comprar la fuerza de trabajo el capitalista no perdía de vista esta diferencia de valor. ... El vendedor de la fuerza de trabajo, al igual que el de cualquier otra mercancía, realiza su valor de cambio y enajena su valor de uso. No puede obtener el primero sin desprenderse del segundo.»²³

La plusvalía es el resultado de restar el valor del trabajo «pasado» del valor del trabajo presente. La forma del salario, al originar la sustitución conceptual del trabajo pasado por el presente, oculta por completo los orígenes de la plusvalía, y aparece como si el capital creciera por sí mismo. En este sentido, el misterio de la acumulación de capital se genera en la estructura misma del modo de producción capitalista. La escisión entre trabajo industrial y trabajo doméstico y la separación del último de toda relación directa con el capital son los prerequisites estructurales de la apariencia ilusoria del intercambio entre capital y trabajo, en contradicción directa con su naturaleza esencial.

23. *El Capital*, I, pág. 144.

LA FUNCIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO:
REPRODUCCIÓN ECONÓMICA
E IDEOLÓGICA

«El sistema capitalista se impone porque constantemente reproduce y desarrolla su estructura originaria... el sistema capitalista es una totalidad histórica que, a cada momento, regenera su propio origen y amplía su campo de incidencia provocando la integración de todo lo que se le oponía.»²⁴ Una formación social debe reproducir²⁵ continuamente sus propias condiciones de producción. Esto significa, en concreto, que deben concurrir tres diferentes procesos de reproducción: a) el de los medios de producción, b) el de las fuerzas de producción (fuerza de trabajo) y c) el de las relaciones de producción. Estos procesos constituyen la condición *sine qua non* de la existencia del sistema social. En las relaciones capitalistas, el trabajo doméstico queda integrado en los dos últimos procesos de reproducción. A pesar de que ambos se incluyen en un mismo proceso de trabajo y es el mismo trabajador el que los realiza en una única jornada laboral, es importante mantener la distinción conceptual porque reproducen aspectos distintos de la totalidad social. La reproducción de la fuerza de trabajo es una función económica mientras que la reproducción de las relaciones de producción tiene un carácter ideológico. Si estas funciones se analizan por separado, la situa-

24. Godelier, *Rationality and Irrationality in Economics*, pág. 180.

25. Son necesarios cuatro subconceptos que en parte coinciden para describir el proceso total de reproducción: 1. perpetuación; 2. renovación; 3. expansión; 4. adaptación. El desarrollo objetivo del capital precisa de todos ellos para construir el concepto de reproducción. Cf. *El Capital*, tomo II, capítulo XXI.

ción de la familia dentro del complejo base/superestructura puede ser considerado con mayor precisión.

La reproducción de la fuerza de trabajo

La reproducción de la fuerza de trabajo es la reproducción de la *capacidad* para trabajar. El trabajo doméstico reproduce la fuerza de trabajo a dos niveles que se desarrollan simultáneamente: 1) el del quehacer diario y 2) el del proceso generacional. El primero es el que permite al trabajador asalariado acudir a la fábrica cada mañana; el segundo es el que reproduce la nueva generación tanto de trabajadores asalariados como domésticos.

Para ilustrar esto concretamente, he descompuesto esta capacidad en tres elementos, y he detallado el trabajo doméstico que los reproduce. Así mismo quedan descritos (por medio de letras) los dos niveles delimitados con anterioridad: 1) cotidiano (c) y 2) generacional (g)

*Fuerza de trabajo
reproducida*

Trabajo doméstico requerido

Mantenimiento físico ²⁶

Embarazo y parto ^g
Cuidado de los niños,^g limpieza
del hogar,^{cg} cocina.^{cg}
Compras ^{cg}

26. El mantenimiento físico requiere una reproducción del elemento biológico que opera con relativa autonomía de las condiciones históricas particulares. Dado que el capitalismo ha moldeado con éxito las fuerzas biológicas para satisfacer sus fines sociales, no hay necesidad de separar el elemento biológico al describir la reproducción de la fuerza de trabajo.

| | |
|-------------------------|---|
| Equilibrio psicológico | Absorción y control de la tensión general, ²⁶ fomento de relaciones familiares cordiales ²⁶ |
| Conocimientos prácticos | Relaciones sexuales ^c Socialización de los niños ^b (ahora compartida con la escuela) ²⁷ |

Reproducción de las relaciones de producción

La familia tiene un papel especial que jugar en la reproducción ideológica de las relaciones de producción. A este respecto, el Estado (a través de su aparato educacional e informativo) es un complemento pero no un sustituto de la familia. Es la familia, y sobre todo la madre, la que produce jóvenes deseosos de participar en el orden social. La pronta socialización de los niños es primordialmente una tarea de la madre. A la larga, debe producirse una generación de jóvenes que hayan interiorizado un repertorio de actitudes y estructuras perceptivas que les permitan actuar por propia voluntad de forma adecuada a las relaciones burguesas. La formación de un carácter adecuado a los requisitos de la vida dentro del mundo capitalista se realiza sobre todo, a través de la socialización primaria, en los primeros años del niño.

El énfasis de Freud en subrayar la importancia de los primeros seis años de vida en la formación de la personalidad adulta nunca ha sido seriamente refuta-

27. Esta función, al igual que otras muchas en el repertorio general de las tareas domésticas, ha sido desgastada, poco a poco, a lo largo de la historia del capitalismo. Con la creciente complejidad de la tecnología, y la progresiva especialización del trabajo, muchas de las funciones educativas realizadas por la familia son asumidas ahora por el Estado. Esto ha acarreado un importante crecimiento de las facilidades educacionales de todo tipo.

do. Sin embargo, los marxistas, albergando fundados recelos frente a las explicaciones psicológicas de los fenómenos sociales, se han excedido al ignorar la importancia de la socialización del niño para la reproducción de las relaciones sociales burguesas. Como sugirió Sartre, uno podría llegar a suponer, leyendo algunos autores marxistas, que la conciencia de una persona aparece de forma imprevista cuando consigue su primer empleo.

Los seis primeros años transcurren, en su totalidad, dentro de la familia nuclear. Es durante estos primeros años que se sientan las bases para una posterior asimilación del mundo exterior cuando se ha transformado ya en un adulto. Y es fundamentalmente tarea de la madre el hacerlo posible. Este trabajo de socialización reproduce un componente particular de las relaciones de producción: las estructuras básicas sobre las que se fundamenta el carácter adulto. Como tal, es un trabajo con fines ideológicos.

Relación de la familia con la base y la superestructura

El trabajo de la unidad familiar reproduce simultáneamente componentes de la fuerza de trabajo y de las relaciones de producción. De ello se sigue que la función de la unidad familiar dentro del modo de producción capitalista es básicamente reproductora, pero que esta función tiene dos aspectos, uno económico y otro ideológico.

Si la base y la superestructura se conciben como unidades institucionales discretas en el sentido en que la ciencia social burguesa explica el mundo, es decir, a base de casilleros clasificatorios perfectamente deli-

mitados, entonces la descripción de la familia hecha anteriormente resulta insatisfactoria. Aceptando este criterio, es ilógico decir que la familia forma parte de la base y la superestructura. Pero es que la pregunta («¿está la familia en la base o en la superestructura?») está formulada incorrectamente y la confusión que supone proviene de haber interpretado mal las categorías marxistas.²⁸

Los términos base y superestructura significan diferentes niveles o aspectos funcionales del mundo social que guardan entre sí una relación definida. La actividad económica (la base) es el fundamento del orden social, pues es esta actividad social la que asegura la producción y reproducción del mundo material. La actividad ideológica sustenta la coherencia del mundo social al nivel de la conciencia. Un conjunto institucional (tal como la familia) no tiene por qué estar com-

28. Marx usa categorías en un sentido completamente distinto de la ciencia burguesa. Para Marx las categorías no dividen el mundo real en factores mutuamente excluyentes y lógicamente independientes. (A no es parte de B y no implica B.) Una concepción de este tipo traiciona la realidad social y, por tanto, crea un modelo mental del mundo que no puede aprehender su naturaleza dinámica, relacional, interpenetrada, recíprocamente causal y multifacética. Por ejemplo, Marx constantemente advierte que el capital no es una cosa sino una relación social, a la que da distintos nombres para especificar los diversos aspectos del proceso total del capital en movimiento: capital variable, plusvalía, dinero, interés, etc. Así, el proceso marxista de categorización debe corresponder a la realidad social y no violar su naturaleza. Las categorías describen aspectos funcionales distinguibles de un proceso orgánico, y desde el momento en que el conjunto está en un movimiento interno constante las diferentes categorías se transforman unas en otras continuamente como distintos momentos de este proceso. Cf. B. Ollman, *Alienation: Marx's Conception of Man in Capitalist Society*, Cambridge, 1971, capítulos 1, 2, 3.

prendido exclusivamente en un aspecto u otro de la actividad social. La actividad ideológica puede ser una parte de la vida social de un ámbito que tenga una función económica. Esto es, en realidad, lo que ocurre en la familia. La actividad social de la familia reproduce aspectos específicos de la fuerza de trabajo y de las relaciones de producción, y en este sentido la familia nuclear es una institución con una doble faceta, poseyendo aspectos funcionales en ambos niveles, o sea, en la base y en la superestructura.

EL TRABAJO DOMÉSTICO Y EL DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS

La separación existente entre los medios de producción ha tenido serias consecuencias para la unidad familiar en la época burguesa. Esta separación ha situado a la unidad doméstica más allá del dominio de la ley del valor. El ímpetu desasosegado del capital que impulsa el proceso industrial proporciona el estímulo para la transformación constante de la organización del trabajo y de la tecnología que ha venido siendo el sello distintivo del sistema capitalista. La fuerza de trabajo empleada en el trabajo doméstico, al no tener una relación directa con el capital, sólo se ha visto afectada por este desarrollo de forma periférica y no ha sufrido ninguna alteración estructural significativa en la organización de su proceso de trabajo a lo largo de la época capitalista.

En la producción industrial, cualquier aumento en la productividad de una unidad de tiempo de trabajo ocasiona un aumento proporcional de plusvalía. Desde el momento en que un aumento de este tipo incre-

menta los beneficios y refuerza la posición competitiva de la empresa, se convierte en una ley general del desarrollo capitalista el que los cuadros directivos persigan incesantemente incrementar la productividad de una unidad de tiempo de trabajo. Esta necesidad imperiosa, inherente al desarrollo del capital, ha tenido como resultado la constante transformación y mejora de las fuerzas productivas a lo largo de la historia del capitalismo. Ha tomado la forma de una creciente complejidad tecnológica y del correspondiente avance del conjunto de la organización y división de la fuerza de trabajo.

En el trabajo doméstico no ha tenido lugar un desarrollo comparable al descrito ya que la introducción de nueva tecnología no ha afectado, prácticamente, la organización de este tipo de trabajo. Hace cien años, el ama de casa se las apañaba como podía con un pequeño fogón de leña. Ahora tiene una cocina eléctrica y otros electrodomésticos de uso particular, pero sigue apañándose sola y responde exactamente a la misma organización del trabajo. A este respecto, es útil el estudio de Dalla Costa: «desde el momento en que sin ayuda de nadie, debe procrear, cuidar y ser responsable de los niños, una mayor mecanización del quehacer doméstico no puede proporcionar a la mujer tiempo libre para olvidar sus obligaciones caseras. Está siempre atareada... la causa de que su jornada de trabajo no tenga fin no es la falta de máquinas, sino el hecho de que está aislada».²⁹

El proceso del trabajo doméstico está estancado mientras que el del trabajo industrial está avanzando constantemente, porque el primero no forma parte del capital variable, no se paga por horas, y, por tanto,

29. Dalla Costa, *Radical America*, vol. 6, n.º 1, pág. 75.

el capital no tiene ningún interés en la productividad de la unidad de tiempo de trabajo doméstico. El hecho de que una tarea doméstica se realice en una hora o en cuatro no tiene ningún efecto sobre el capital. Lo que realmente importa es que el trabajador asalariado aparezca puntual a su turno, dispuesto y capaz de trabajar, y que sus hijos lo hagan en el futuro. Así pues, no es sorprendente que el trabajo doméstico sea el proceso de trabajo organizado de forma menos eficiente dentro del capitalismo. Es precisamente porque no existe un impulso continuado de reorganización del trabajo doméstico para mejorar su eficiencia que este proceso de trabajo no ha sido socializado, aunque no existe nada inherente al trabajo mismo que impida hacerlo.

Mientras que los avances en la industria no producen un efecto directo en la organización del trabajo en el hogar, hay una constante afluencia de nueva tecnología en el trabajo doméstico a través del consumo de mercancías. No se trata, en absoluto, de una aplicación progresiva de la tecnología, pues cuanto más ineficiente sea esa aplicación en los productos de consumo personal, mejor se satisfacen los intereses del capital, porque aumenta el número de bienes consumidos por persona. El resultado de este caso particular de desarrollo combinado y desigual es la aparición en el ámbito doméstico de una tecnología constantemente renovada, mientras que la organización del trabajo permanece absolutamente estática. De este estancamiento producido estructuralmente se desprenden un número importante de consecuencias: 1. Ha conllevado un desgaste continuo, a lo largo de la época burguesa, de la vitalidad y autonomía de la unidad doméstica en relación con la producción industrial. El desarrollo de la producción industrial requirió una cualificación de la

fuerza de trabajo industrial que la familia, como unidad social retrasada, era incapaz de aportar. Algunas facetas clave de la reproducción de una fuerza de trabajo mayormente cualificada fueron apartadas del marco familiar y asumidas por el Estado (como testimonia el crecimiento exponencial de la educación en todas sus facetas). Este hecho no sólo ha disminuido la función de la familia dentro del orden social, sino que ha trivializado todavía más la naturaleza del trabajo doméstico.

2. Mientras amplias capas del proletariado han alcanzado altos niveles de preparación técnica y unos conocimientos generales resultado de la reorganización del proceso de trabajo, el ama de casa ha quedado tremendamente descuidada. El nivel de habilidad y conocimiento generado por su trabajo no ha mejorado mucho en el último siglo. Durante este mismo lapso de tiempo se han desarrollado otros procesos laborales, a consecuencia de lo cual la posición del trabajador doméstico en relación con los demás trabajadores exceptuando las capas inferiores del proletariado, ha empeorado. Los avances generales en educación y cultura han mitigado en parte este efecto, pero el aislado lugar de trabajo del ama de casa al margen de *milieu* público, ha minimizado incluso esta comunicación generalizada.

3. La insuficiencia material de la familia como unidad social crea las condiciones de su propia subordinación estructural en la formación social capitalista. La familia debe salir de sí misma para obtener sus medios de subsistencia, en forma de salario y mercancías. Son estas relaciones externas las que determinan la posición de clase de la familia y configuran las condiciones de vida y las oportunidades de sus miembros dependientes.

Estos tres aspectos específicos de la subordinación estructural de la familia deben situarse dentro de la más amplia dinámica del sistema capitalista. Bajo la hegemonía del capital, las formas y relaciones de producción dominan las formas y relaciones de reproducción correspondientes. Este jerarquía de determinación opera con especial intensidad sobre la familia, las funciones de la cual son eminentemente reproductoras. En virtud de su relación indirecta y mediatizada con el capital, la estructura familiar es configurada y su trabajo determinado por fuerzas externas que operan por encima de su campo social inmediato.

El siguiente pasaje de *El Capital* describe la subordinación estructural de «otras modalidades de capital» al capital industrial. Puede ser aplicado fácilmente a la familia: «A medida que (el capital industrial) se va apoderando de la producción social, revoluciona la técnica y la organización social del proceso de trabajo... Las otras modalidades de capital, ... no sólo se subordinan a él y se modifican con arreglo a él en el mecanismo de sus funciones, sino que ya sólo se mueven sobre la base de aquél, y por tanto viven y mueren, se mantienen y desaparecen con este sistema que les sirve de base».³⁰ El malestar general de la unidad familiar, cuya vitalidad y autonomía están siendo constantemente mermadas por el desenfrenado «progreso» del capital, no ha escapado a los comentaristas sociales de las distintas tendencias ideológicas. La mayoría de ellos han convenido en que la familia está «en crisis», y aunque sus comentarios generalmente lamentan los síntomas, nunca sitúan sus causas.

Más significativo es, sin duda, el elevado número

30. *El Capital*, II, pág. 51.

de amas de casa que acusan el estancamiento objetivo y el retraso que padece la unidad doméstica con una insatisfacción que poco a poco va difundiéndose y que ahora está empezando a articularse conscientemente en el oeste de los Estados Unidos. La acumulación de este difuso inconformismo no ha alcanzado todavía formas organizativas viables allí donde podría tener un impacto directo y progresivo sobre la lucha de clases. Así pues, es necesario considerar con mayor profundidad la influencia que la posición y la función del ama de casa tienen sobre su conciencia para valorar las posibilidades de introducir su lucha allí donde ella pueda contribuir directamente a dar una respuesta revolucionaria al capital.

EL IMPACTO DEL LUGAR DE TRABAJO Y LA FUNCIÓN DEL AMA DE CASA SOBRE SU CONCIENCIA

Se considera que la separación del trabajador del producto de su trabajo solamente tiene lugar en el caso del trabajador asalariado. El hecho de que, de forma específica y, a la vez, única, ocurra lo mismo con la mujer que permanece en el hogar es algo que los marxistas han ignorado con frecuencia; esta es una de las muchas consecuencias de no haber considerado el trabajo doméstico dentro de las relaciones de producción capitalistas.

El capitalismo estableció la división entre el trabajo industrial y el doméstico, y esta división reprodujo una separación física de sus lugares de trabajo respectivos. En este sentido, una división sexual del trabajo

se convierte en una separación física de los sexos durante la jornada laboral. Para el ama de casa, esto ha supuesto una separación forzada y diaria del producto de su trabajo: las capacidades vitales de su marido e hijos que son consumidas en un proceso de producción ajeno. Cuando el marido regresa de su trabajo está agotado, su fuerza de trabajo ha sido consumida. Su esposa debe utilizar la mayor parte del tiempo, antes de que él vuelva, en un trabajo destinado a restaurar su capacidad de resistencia para la próxima jornada. El carácter de este trabajo es, en su totalidad, de servicio personal: se trata literalmente de un trabajo realizado para que los demás puedan vivir. Esto crea la actitud modélica según la cual se juzga a la «buena» ama de casa: olvidarse de sí misma por el bien de su familia.

Si el hombre proletario es el único medio de subsistencia de la familia, su bienestar es primordial. En este caso su familia está obligada a considerar su salud y capacidad de trabajo como la mercancía más precaria. El precio fluctuante que su fuerza de trabajo obtiene en el mercado de trabajo, la pérdida de salario debida a desempleo, lesiones, enfermedad o huelga son imponderables, y tienen repercusiones directas en la familia del trabajador. Crean una ansiedad e *inseguridad* subyacentes que suponen una pesada carga para la unidad familiar.

De igual modo, los niños son futuros trabajadores-mercancías. Las condiciones generales del mercado de trabajo que determinarán su valor monetario no se conocen todavía y sólo pueden ser vagamente previstas. Esta inseguridad respecto al futuro tiene un efecto conservador en los padres. En general, los padres se sienten obligados a presionar a sus hijos para que asciendan y este dirigismo conlleva la tendencia a debi-

litar la solidaridad intergeneracional en el seno del proletariado.³¹

La exclusión del ama de casa del intercambio salarial significa su total dependencia material de su marido que aporta, a través del salario, el dinero necesario para mantenerse ella y sus hijos. Por el hecho de recibir el salario, él tiene un principio de autoridad sobre su uso. Su distribución dentro de la familia es un asunto privado entre marido y mujer sin la ayuda de un contrato. El le «da» dinero para la semana, y si ella necesita más: debe «pedírselo».

En una sociedad de producción generalizada de mercancías «los trabajos privados sólo funcionan como eslabones del trabajo colectivo de la sociedad por medio de las relaciones que el cambio establece entre los productos del trabajo y, a través de ellos, entre los productores».³² El trabajo doméstico no puede afirmarse como trabajo ni afirmar al ama de casa como trabajadora porque su valor queda oculto, y ella no recibe un cheque que lo reconozca. El hecho de que el producto de su trabajo tome cuerpo en otra persona no permite una percepción clara de su apropiación por el capital, y en consecuencia, no ilumina su relación con él.

Obtenemos como resultado que el trabajo que ella realiza desaparece como trabajo «real». El lenguaje vulgar lo revela perfectamente:

Maestro: ¿Quién trabaja en tu familia, Juan?

31. Históricamente, este impulso hacia una mayor movilidad ha sido más fuerte en América del Norte que en Europa. Las tradiciones proletarias y el menor número de oportunidades para el establecimiento por cuenta propia han obstaculizado este efecto en Europa.

32. *El Capital*, I, pág. 38.

Juan Pérez: Mi padre.

Maestro: ¿Usted trabaja, señora Pérez?

Sra. Pérez: No, yo me dedico a mis labores.

Los trabajadores asalariados, por lo menos, tienen una relación directa con el capital. Trabajan con el fin de ser remunerados, y, generalmente no describen su trabajo como algo que tiene sentido por sí mismo. En consecuencia, pueden experimentar la alienación de su trabajo y sentirse hostiles respecto al jefe, sin necesidad de excusarse. El ama de casa no puede hacerlo. En ausencia de un cheque que justifique su ocupación, el ama de casa debe considerar su trabajo en términos no-económicos. El suyo es «un trabajo amoroso realizado por devoción hacia su familia». Un ama de casa que admite que odia su trabajo no es una «buena» madre. Así pues, con frecuencia, el carácter alienante de su trabajo debe ser borrado de su conciencia para no sentirse culpable y personalmente inadecuada. Resulta de este modo que el trabajo doméstico toma la apariencia de una disposición del destino, de una vocación y un deber natural de la mujer.

La privatización de la vida doméstica

Un resultado significativo de la posición de la familia en el sistema capitalista ha sido la privatización de la vida doméstica. La separación de la familia del lugar de trabajo ha separado su actividad (y particularmente la actividad laboral del trabajador doméstico) del dominio público. La familia reside en viviendas atomizadas y autosuficientes, cuya independencia guardan puertas cerradas. El hogar, en las sociedades

capitalistas, está arquitectónicamente estructurado para reforzar el aislamiento familiar.

Al mismo tiempo, las relaciones mercantiles se han generalizado en todas las esferas públicas. Todo intercambio social público está marcado por la supremacía del valor de cambio. Esto hace que hayan quedado fuera del ámbito público todas las relaciones sociales satisfactorias. Las necesidades humanas de intimidad, compañerismo, espontaneidad, desahogo y afirmación personal no pueden realizarse en el medio socialmente destruido de la cultura de masas.

La gente se ve literalmente conducida al terreno privado para intentar satisfacer estas necesidades. Su incursión diaria en la vida pública debe contrarrestarse con un tiempo de retiro. La privatización del hogar familiar funciona como este ámbito vital donde la tensión pública puede apartarse y absorberse. En todo esto, el papel del ama de casa es central. Dada esta marcada dicotomía entre espacio público y privado, su responsabilidad primaria es sustentar y orquestar la asimilación privada de la tensión pública. Ella coordina la actividad familiar con el fin de manipular esta tensión. Por encima de todo, el conflicto familiar debe silenciarse y, en último extremo, ha de quedar retenido puertas adentro. Se evita que el desacuerdo trascienda al dominio público porque refleja una falta de competencia por parte de la mujer para manejar aquella tensión. La fuerte diferenciación entre el espacio público y el privado refuerza el impacto del hogar como ghetto atomizado que ahoga el desarrollo social del ama de casa.

BALANCE DEL POTENCIAL DE LAS AMAS DE CASA EN LA LUCHA POLÍTICA

El ama de casa, al estar aislada y no tener una relación directa con el capital, encuentra extremadamente difícil situar la razón última de su opresión más allá de su marido, agente inmediato de una parte de la misma. Esto no es tanto un problema perceptivo como una limitación objetiva concreta de sus oportunidades de lucha que tiende a producir una respuesta de pasividad y aceptación. Se rebela como un individuo aislado para detrimento inmediato de su marido e hijos, y sus acciones no impugnan directamente sus relaciones con el capital. No forma parte de ningún sindicato y la renuncia a su trabajo constituye un crimen, según la ley. En efecto, está bajo un constante interdicto por el que se le prohíbe declararse en huelga so pena de perder a sus hijos. En cualquier caso, la ley es una constricción formal relativa a la que se apela rara vez porque la ideología de la maternidad opera eficazmente, disuadiendo a la mujer de tomar en consideración un acto de este tipo. Con frecuencia, la rebelión del ama de casa es, a la vez, objetivamente insostenible y subjetivamente impensable.

o Inmersa en las tareas domésticas, enfrentada a su marido e hijos, la resistencia del ama de casa a la subordinación y degradación tiende a canalizarse en peleas familiares: forma de desplazar el conflicto, negando el acceso al terreno político. La historia de las familias obreras en la era burguesa es una historia de discordias conyugales y familiares que no ha experimentado generalmente formas progresivas de contestación interpersonal. Sólo cuando la mujer encuentra fuera del hogar oportunidades de trabajar y de estar instrumentalmente inserta en la comunidad resulta

progresiva la confrontación interpersonal en torno a la división doméstica del trabajo. (En la pasada década, han resurgido las posibilidades de actividad externa para muchas mujeres, pero esta situación no es típica de la etapa burguesa considerada históricamente.)

La división de la clase obrera en unidades domésticas e industriales es quizá la escisión estructural fundamental dentro de la clase. Todas las divisiones (de raza, ocupación, etc.) son perjudiciales para la capacidad del proletariado de luchar contra el capital, pero la división sexual tiene un carácter específico que oculta su impacto negativo sobre la unidad de las fuerzas proletarias y, por tanto, hace difícil afrontarlo y combatirlo.

La división sexual tiene lugar en privado, en el terreno íntimo propio de la unidad familiar. Las demás divisiones internas de clase no se experimentan de forma tan personal y privada precisamente porque ninguna está tan básicamente estructurada en una práctica privada. Esta es la causa de que la lucha de la mujer haya quedado tan soterrada y su forma de contestación tan interpersonalizada.³³ La lucha política,

33. Por ejemplo, la radicalización de la mujer en los últimos años de la década de los sesenta, adoptó principalmente formas de lucha interpersonales. Particularmente en Norteamérica, el movimiento femenino llevó el estilo subjetivo de contestación de la nueva izquierda a su conclusión lógica: En su apogeo (1969-70) la forma dominante del movimiento fue la de un grupo concienciador y una de sus principales luchas fue contra el machismo de izquierda al *nivel de actitudes*. Los límites de esta forma de lucha (en términos de su efecto político) fueron alcanzados rápidamente y el movimiento femenino decayó. Esto no significa, ni mucho menos, que el nivel de conciencia respecto a la opresión de la mujer haya descendido. Por el contrario, se ha convertido en un conocimiento generalizado y difuso, infiltrado en la clase obrera, pero cuyo desarrollo tiene una expresión organizativa

con su carácter social de masas, es precisamente el tipo de experiencia que les ha faltado a las amas de casa obreras, dada la limitación objetiva de su situación en la formación social capitalista. Esta ausencia de un terreno preparado para la lucha colectiva ha constituido, históricamente, una profunda barrera para la radicalización de las amas de casa, pues es en estas luchas en las que se descubre el poder de la acción colectiva, y se desarrolla el saber práctico de la organización política.³⁴

muy pequeña en este momento. El principio fundamental de la liberación femenina, la organización independiente de la mujer frente a su opresión, encuentra nuevos campos de actuación en el movimiento obrero, tales como las camarillas femeninas dentro de los sindicatos. Al mismo tiempo, el desarrollo más adecuado de la lucha proletaria requiere la supresión de la división sexual del trabajo, representada gráficamente en la película *Salt of the Earth*. Ver también, F. Dobbs, *Teamster Rebellion*, Nueva York, 1972, págs. 58-70.

34. Como resultado del análisis del trabajo doméstico como productivo y del ama de casa como ser explotado, James y dalla Costa construyen un concepto de unidad doméstica como «fábrica social». Esto disuelve, convenientemente, las diferencias entre la unidad doméstica y la industrial que son absolutamente básicas en el modo de producción capitalista. La consecuencia de este error es que James y dalla Costa ignoran completamente las limitaciones inherentes al trabajo doméstico como campo de lucha propio de la mujer. Para ellas, el hogar es una fábrica, de lo que se sigue que una huelga general de trabajadoras domésticas la cerrará. «Abandonar el hogar ya es una forma de lucha desde el momento en que los servicios sociales que nosotras realizamos quedarían por atender en estas condiciones, y, de este modo, todos aquellos que trabajan fuera de casa pedirían que las cargas hasta ahora soportadas por nosotras fueran arrojadas directamente al lugar que les corresponde: sobre las espaldas del capital» (James, *op. cit.*, pág. 39). Esta es seguramente la materia prima de la fantasía revolucionaria: una huelga general de amas de casa paralizando la economía. Proponer un esquema de tales dimensiones es puro espontaneísmo si no se dispone de ninguna forma organizativa, ningún campo de lucha

Estas limitaciones no son simplemente de movilización. En un plano histórico más amplio, acotan el papel de las amas de casa en la revolución socialista. La transformación revolucionaria sólo será posible en la medida en que el proletariado esté directamente comprometido en un trabajo socializado y, por tanto, reúna como clase los prerequisites de un modo de producción socialista. Mientras el trabajo de las amas de casa mantenga su carácter privado, éstas serán incapaces de moldear el nuevo orden social y tampoco podrán impulsar a las fuerzas productivas a romper el viejo orden.

Perspectivas

Señalar francamente estas limitaciones no significa capitular ante ellas ni desdeñar las posibilidades de las amas de casa en la lucha política. Es precisamente la naturaleza desigual y combinada de la revolución socialista la que aporta oportunidades a las amas de casa para incorporarse a la escena histórica en interés pro-

donde puedan contestarse las relaciones sociales del capital. La abstención masiva de las amas de casa no constituye una opción para las de familia obrera. Dalla Costa y James ignoran la coacción económica del trabajo bajo el capitalismo tanto en el hogar como en la fábrica. Una estrategia basada en una desvinculación masiva de la fuerza de trabajo es absolutamente utópica para cualquier sector oprimido, incluyendo las amas de casa. Como táctica, la huelga general tiene una significación especial en una coyuntura específica, pero sólo puede darse después de una larga y costosa serie de luchas y victorias parciales. Situada fuera de este contexto, como estrategia en y para sí misma, una desvinculación masiva es desesperadamente inviable: nada precede el momento revolucionario del éxodo masivo.

pio y de las mujeres en general, así como del proletariado. El movimiento de las amas de casa reivindicando la socialización del trabajo doméstico, planteando reivindicaciones contra el Estado, exigiendo comités de control de precios, etc., puede convertirse en una contribución importantísima para el avance de la lucha de clases, particularmente, *si se combina con iniciativas proletarias simultáneas.*

La historia de las revoluciones aporta una amplia gama de efectos de mutua vitalización entre varios frentes de lucha a distintos niveles de desarrollo. Este efecto recíproco tiene lugar tanto a nivel de comprensión política general como de enseñanza práctica de formas de lucha avanzadas que pueden ser utilizadas en algún otro lugar. En estas circunstancias, no es extraño que estratos sociales atrasados avancen a pasos agigantados y efectúen una contribución específica a la dinámica revolucionaria.

Esta posibilidad existe para las amas de casa en la medida en que se extiende la prolongada crisis del capitalismo avanzado. Este hecho tiene mucho que ver con el carácter de esta crisis: una descomposición generalizada de las relaciones burguesas en cada uno de los niveles de la formación social. La radicalización de las mujeres es una expresión más de esta crisis total. Aunque en el pasado hayan existido grandes dificultades para movilizar grupos sociales atomizados y aislados como el de las amas de casa, las posibilidades futuras no pueden ser desechadas. Ciertamente, la presión objetiva ejercida sobre ellas está intensificándose. Las amas de casa son las principales afectadas por la disminución de ingresos reales que la clase obrera está empezando a sufrir por todo el oeste americano. En la medida en que las espirales de inflación crecen y entra en vigor el control de los salarios, las amas de casa

deben intensificar su trabajo para absorber la pérdida real de ingresos de la familia y evitar una caída precipitada del nivel de vida. O bien deben buscar un empleo para conseguir un ingreso familiar suplementario, o bien han de aumentar su trabajo doméstico a fin de hacer llegar los ingresos existentes. En estas condiciones las amas de casa empiezan a manifestar su enojo y a culpar a los propietarios, corporaciones y gobiernos de su situación. Como resultado, boicots al consumo, impago de alquileres, comités de vigilancia de precios y campañas contra servicios estatales inadecuados están incrementando su frecuencia y militancia. Estas movilizaciones aparecerían con un potencial real particularmente fuerte si se unieran a las campañas en marcha de las organizaciones obreras. En este sentido podrían asegurar la unidad de las fuerzas proletarias, e iniciar un desafío a la división sexual del trabajo dentro del proletariado.

→ A pesar de suponer que estas movilizaciones continuarán apareciendo e incluso que no se estancarán en el reformismo, las amas de casa no aportarán el motivo de fuerza decisivo para la lucha de la mujer. Por el contrario, fue la inmensa masa de mujeres que no estaban encerradas en sus casas, sino en la enseñanza superior o en la producción industrial, la que en los años sesenta creó las precondiciones materiales necesarias para la radicalización de la mujer al final de la década. Las mujeres ahora constituyen entre un 30 y un 40 por ciento de los trabajadores asalariados en los países de capitalismo avanzado y sus cifras absolutas y proporción relativa están en constante crecimiento. Es fundamentalmente del interior de este grupo, y no del número decreciente de mujeres que se dedican de forma exclusiva al trabajo doméstico, del que cabe esperar el liderazgo del movimiento en los próximos

años. Las mujeres asalariadas y estudiantes que luchan por la total igualdad con el hombre desde los sindicatos y las universidades estarán en la vanguardia de las luchas destinadas a disminuir las divisiones sexuales de la clase. Más aún, serán especialmente estas mujeres las que inyectarán una conciencia radical a aquellas que siguen ocupándose exclusivamente del trabajo doméstico. Y esto se debe a la situación objetiva que ocupan en la formación social que, en definitiva, debe ser el punto de partida de toda estrategia revolucionaria.

En mi artículo describí la *dualidad* específica del trabajo doméstico en el capitalismo —que crea valor pero no está directamente sujeto a la ley del valor—. Su tiempo de trabajo no está directamente determinado y distribuido por el capital, y su productividad no está inmediatamente relacionada con la producción de plusvalía. Por tanto, esto hace que la organización del trabajo doméstico se lleve a cabo por mecanismos indirectos que *suplen* la ley del valor dentro de la familia. Estos mecanismos requieren una explicación más detallada.

Es obvio que la autoridad del marido (y las insistentes exigencias de los hijos) domina el trabajo del ama de casa. Pero decir que el marido introduce una serie de relaciones autoritarias no basta para describir, los incentivos económicos de su autoridad.¹ El im-

1. Por analogía, el hecho de que el capitalista refuerce las normas del capital sobre el trabajo no explica las leyes del capital que provocan su autoridad en primer plano. No ejerce la autoridad porque sea un autoritario sino porque es un capitalista. Su habilidad para dirigir y organizar el tiempo de trabajo va por la misma senda que la obtención de la tasa de beneficio. Esta autoridad está, por lo tanto, impregnada de la lógica del sistema del que él —el capitalista— es «capital personificado».

perativo material real que determina al trabajo doméstico es el mantenimiento de los medios de subsistencia (es decir, el patrimonio familiar) en las mejores condiciones posibles dados los límites del poder adquisitivo del salario.

Marx expuso que el capitalista no necesita molestar por este estímulo ya que «puede dejar con toda tranquilidad su cumplimiento a los instintos de autoconservación y propagación de los trabajadores.² Puesto que el ama de casa trabaja directamente en defensa de la familia (y sólo indirectamente para el capital) su trabajo está determinado por sus intereses colectivos como tal en transformar el salario en un patrimonio que permita vivir tan holgadamente como sea posible. En promedio no hay excedente de salario por encima de lo necesario para los medios de subsistencia, por lo que el ama de casa tiene poco poder en esta transformación. La intensidad de su trabajo está determinada por el esfuerzo necesario para transformar el salario en la reproducción de la fuerza de trabajo de toda la familia (incluyendo la suya propia), y viene determinada por la autoridad del marido, las exigencias de los hijos, y la generalizada concepción, que la mujer comparte, de lo que debe ser una «buena ama de casa». Pero éstos son simplemente los medios personales a través de los cuales la necesidad económica se expresa dentro de la familia.

¿Es medible la intensidad de trabajo doméstico en términos de valor? Para abordar esta cuestión vamos a suponer que el ama de casa trabaja en condiciones normales.³ En tal circunstancia, el salario iguala el va-

2. Cf. Karl Marx, *El Capital*, I, F.C.E., México, 1972.

3. Las condiciones medias históricas son el punto de arranque para cualquier consideración sobre la magnitud de valor. El tiempo de trabajo socialmente necesario es el trabajo ne-

lor de la fuerza de trabajo. *Oculto* en esta ecuación, está el ejercicio inevitable del trabajo doméstico que transforma el salario medio en los medios de subsistencia necesarios para la reproducción de la fuerza de trabajo. Y así, si son conocidos el salario medio y las condiciones de vida medias de la clase obrera, también puede ser conocida la intensidad de trabajo doméstico necesario para transformar el salario en medios de subsistencia (valores de uso), al menos en teoría. El problema es que la medida estándar de valor es el *tiempo* de trabajo necesario, mientras que el trabajo doméstico no es un trabajo que se haga o se mida principalmente en términos de duración o proporción, y debido a que el ama de casa está obligada a cualquier hora, lo que hace que un aspecto de su trabajo sea intempestivo y no se sepa cuándo empieza ni cuándo acaba.

Pero esto no niega el hecho de que tiene una intensidad discernible que varía en distintas condiciones. Nadie puede decir que porque dos amas de casa están obligadas a trabajar en cualquier momento, una que tenga un hijo y unos ingresos de 8.000 dólares debe trabajar tan duro como otra que tenga cuatro hijos y unos ingresos de 5.000 dólares.

En resumen, la ley del valor no se introduce directamente en el hogar para reinar sobre el trabajo de la mujer. Pero en cambio rige la unidad familiar en la medida en que determine: a) el nivel general de salarios y b) el coste en el mercado de las mercancías necesarias. Estas dos variables extraen una intensidad media de trabajo doméstico necesario para transformar el

cesario para producir una mercancía en un momento histórico concreto con el método de trabajo más generalizado y con el tiempo de trabajo medio.

salario en la reproducción de la fuerza de trabajo, en las condiciones de vida medias del proletariado.⁴

Ahora estamos en condiciones de especificar qué es lo que sucede cuando las condiciones medias no prevalecen. Aquí quiero tomar sólo una variable: el caso en el que el precio de la fuerza de trabajo descienda por debajo de su valor.

Sin lugar a dudas, un objetivo constante del capital es el de hacer descender los salarios y así incrementar el excedente de tiempo de trabajo. Marx identifica el descenso del precio de la fuerza de trabajo por debajo de su valor como «una de las más importantes» contratendencias⁵ de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio. Es necesario pues, valorar lo fácil que puede resultar al capital hacerlo y cuáles son las señales que de hecho aparecen.

Cuando los salarios descienden por debajo del valor de la fuerza de trabajo, ¿se transparenta inmediatamente este hecho en un descenso del estándar de vida de la clase obrera? No. El ama de casa interviene con su trabajo entre el salario y las condiciones materiales de su familia. Trabajando más duro puede amortiguar la caída de los salarios que podría convertirse en una deterioración del valor de uso del patrimonio familiar. Ya que las necesidades de la familia no disminuyen en la misma medida en que bajan los salarios reales; estas necesidades (expresadas a través de los mecanismos personales anteriormente mencionados) ejercen una in-

4. Una parte importante de «las condiciones medias de vida» es el tamaño medio de la familia que es necesario demográficamente para producir la fuerza de trabajo futura. Es obvio que esto jugará un papel importante (junto con el poder adquisitivo real del salario) en la determinación de la intensidad media de trabajo doméstico.

5. *El Capital*, III, pág. 235.

tensa presión sobre el ama de casa para que estire el salario, para que compre con más cuidado, para que planifique y prepare comidas con casi nada, para que remiende vestidos viejos en lugar de comprar unos nuevos, etc...

Las amas de casa representan entonces una amplia reserva de trabajo oculta que será solicitada discretamente en las condiciones en que los salarios descendan por debajo de su valor. Esta intensificación del trabajo doméstico aparece de forma automática para preservar el estándar de vida de la familia. En este sentido, las necesidades de la familia (incluyendo aquellas recientemente creadas) actúan como una extensión adicional de la ley del valor que opera dentro de la familia.

La otra alternativa que la familia obrera tiene ante un descenso del salario individual es que la esposa busque empleo. Esta vía ofrece al capital aquello que constantemente busca —una expansión del excedente de tiempo de trabajo para una misma población trabajadora—. A cambio, el salario de la mujer (que en promedio no está nunca cerca del de su marido) complementa al del marido para equilibrar sus salarios combinados con el promedio de gastos para la reproducción de la fuerza de trabajo. A primera vista pudiera parecer que los dos salarios pueden sobrepasar fácilmente los costes necesarios, pero hay que tener presente que tan pronto como la esposa vaya a trabajar, los costes domésticos aumentarán. Su transporte hacia y desde el trabajo, el cuidado diario, las niñeras, menos tiempo para la cocina, para limpiar y coser, impuestos más elevados —todo esto requiere un mayor salario total que el que era formalmente necesario para obtener el mismo nivel de fuerza de trabajo reproducida—. Su salario, entonces, llena el vacío entre el antiguo salario

individual y el nuevo coste de reproducción de la fuerza de trabajo de la familia que es ahora más elevado.

¿Cuál es la relevancia de todo esto en el momento actual de Occidente? Los cuatro últimos años han sido testigos de una caída de los salarios reales, caída que ha sido general en todo el mundo capitalista. Ni tan siquiera los economistas burgueses lo discuten. *La defensa principal del capital contra la tendencia al estancamiento, que se muestra cada vez más claramente como una profunda recesión global, es ampliar aun más esta brecha entre el precio y el valor de la fuerza de trabajo.*

Esto ha forzado a las amas de casa a intensificar sus trabajos en casa y/o a buscar empleo fuera de ella en la medida que los salarios reales han disminuido, para así mantener el estándar de vida de la familia. La cuestión es ¿qué parte del vacío pueden compensar las amas de casa y dónde se halla el límite de flexibilidad de la familia? ⁶ Quizás no haya una respuesta general a esto —ya que se requiere un análisis específico de una formación social dada—. Sin embargo, se puede hacer un comentario general: la mala situación económica del capital, vencida gracias a la flexibilidad de la unidad familiar, quizás sea pagada en términos no-económicos —mediante la pérdida de la coherencia de la familia como una socialización dentro del orden burgués—. Siendo un poco esquemático, la estabilidad

6. Esta función amortiguadora en el plano económico es remarcablemente simétrica con la función ideológica de las amas de casa como administradoras de la tensión (ver el apartado sobre la privatización de la vida familiar). En ambos planos, el ama de casa absorbe y compensa tensiones de clase. Por un lado esto protege a la clase obrera (a sus expensas) de los choques de la lucha de clases y por otro lado da al capitalismo una flexibilidad que no se deriva del enfrentamiento entre el capital y el trabajo.

ideológica se sacrifica en el altar de las necesidades económicas, requiriendo todo ello una intervención estatal tanto más intensa cuanto la disciplina familiar interna se haya gradualmente roto.

Al mostrar, en lo anteriormente dicho, cómo el trabajo doméstico se regula a través de unos mecanismos sustitutivos, a saber: las fluctuaciones externas de los mercados de trabajo y mercancías, he considerado este trabajo privatizado como una parte integrante (aunque separada) de la totalidad de las relaciones de producción capitalistas. El valor, como dijo Marx, «es sólo una expresión material de las relaciones entre las actividades productivas de la gente». Por ello, afirmar que el trabajo doméstico crea y transfiere valor es incluirlo en esta totalidad. La consecuencia de esto es desarrollar el concepto de modo de producción para incluir en él las relaciones sociales que dentro de la familia organizan el trabajo que allí se realiza. Ahora quiero explorar más las implicaciones teóricas (y en última instancia políticas) de este planteamiento más amplio.

La teoría marxista del valor es un arma destinada a esclarecer la mistificadora apariencia de la realidad burguesa y revelar su fundamento esencial en un conjunto de relaciones de producción sobre las que el capital se desarrolla y sobre las que ejerce su control. En *El Capital*, Marx demostró reiteradamente, rastreando el funcionamiento del valor a través de varios momentos de la producción capitalista, cómo las formas sociales en las que la producción está organizada presentan a sus participantes una apariencia que está «invertida», «tergiversada», y «mistificada». La sociedad capitalista es una realidad estratificada. Sus formas superficiales son reales, pero, sin embargo, dan una idea falsa de su naturaleza interna y la oscurecen

a simple vista. Sólo una aplicación correcta del análisis del valor rompe esta apariencia superficial, saca el velo de misterio, para revelar las conexiones recónditas, el funcionamiento orgánico del modo de producción capitalista y sus objetivos fundamentales: la acumulación y la dominación del trabajo.

La teoría del valor revela el carácter social de los distintos trabajos separados y privados. Esto nos permite ver y analizar un millar de turbias transacciones sin distraernos o despistarnos con apariencias superficiales. En esencia, lo que vemos realmente es una multiplicidad de trabajos privados que están *conectados* los unos con los otros, y *valorados* los unos en relación con los otros. Aun cuando estos trabajos se mantengan privados, encerrados dentro de sus condiciones concretas separadas, el mismo proceso de intercambio generalizado de mercancías lleva a cabo una conexión fundamental que podemos seguir constantemente gracias a la abstracción. «Viendo» lo que se mueve bajo la superficie, desprivatizamos mentalmente estos trabajos que, a pesar de todo, permanecen separados en la realidad capitalista.

La relación de este análisis teórico con su contrapartida política —la conciencia de clase— es obvia. Ver los intereses comunes de todos aquellos que crean valor, comprender la necesidad de sus acciones colectivas para un fin común (anticapitalista), aunque permanezcan separados en sus diferentes empresas, industrias, y países: esto es la conciencia de clase proletaria. Mientras la gente llega a la comprensión de todo esto por diferentes caminos, el caso es que la teoría del valor y la conciencia política de clase son componentes complementarios de un todo integrado.

→ El trabajo doméstico es el que está más fuertemente privatizado bajo el capitalismo. Al afirmar que

el trabajo de las amas de casa crea valor y lo transfiere, estamos tomando la iniciativa, en el plano teórico, hacia su desprivatización. Mantener su relación con el trabajo industrial es afirmar que la división estructural entre trabajo doméstico y trabajo industrial es una forma social que pretende ocultar esta conexión fundamental.

Marx, en *El Capital*, al mismo tiempo que analiza el valor desde sus orígenes en los distintos trabajos privados, pasando por la plusvalía, hasta llegar al resultado final de la acumulación capitalista, elabora también para cada uno de los momentos las formas sociales que hay en la superficie de las transacciones que al camuflarlas las hacen aparecer como otra cosa. Por ejemplo, describe la mistificación que lleva consigo la forma salario al ocultar la creación de plusvalía durante la producción al provocar la sustitución conceptual de trabajo por fuerza de trabajo. Esta forma engañosa revela la base de la siguiente: la misteriosa apariencia de que el beneficio surge de la nada como si fuera consecuencia de un autodesarrollo del capital.⁷ Estas formas sociales son interdependientes —la desmitificación de una de ellas permite ver las bases sobre las que se asienta la siguiente, y así sucesivamente en esta cadena de apariencias.

Al extender el análisis del valor hasta el interior de la unidad doméstica, es sin embargo necesario elaborar la forma social que camufle la relación de los trabajadores industriales con los domésticos y que desconecte sus trabajos respectivos. (Ver el apartado sobre El trabajo doméstico y la forma de salario.) Esta for-

7. «Al aparecer el precio de fuerza de trabajo, en uno de los polos, bajo la forma transfigurada del salario, la plusvalía aparece en el otro polo bajo la forma transfigurada de la ganancia» (*El Capital*, III, pág. 53).

ma (la división estructural) proscribe al ama de casa como si fuera un trabajador familiar y produce la apariencia de que el trabajador asalariado en la fábrica actúa como un trabajador independiente que debe ser pagado por *su* trabajo. El caso aquí es que esta división refuerza la forma del salario al jugar un papel indispensable propiciando la substitución de trabajo por fuerza de trabajo.

Esta confusión producida por la misma naturaleza del modo de producción capitalista es mucho más que un excelente punto de debate teórico. Es un problema político para la clase trabajadora. Y esto porque propicia la noción de que es justo obtener el salario a cambio del trabajo realizado. (Si los salarios son bajos se debe luchar por un «mejor cambio» en el próximo convenio.)

Además, se destruirá el misterio de la forma del salario mediante la acción política de la clase trabajadora. Pero si tal acción se concibe sin incluir a las amas de casa, dejándolas encerradas en el hogar, *esto será un problema no sólo para su propio desarrollo político sino también para el desarrollo del movimiento obrero en su conjunto.* Como su aislamiento es un prerrequisito para el engaño del salario, así su afirmación activa como trabajador al lado de los trabajadores asalariados ayuda a desvelar el engaño. Su presencia activa en la lucha proletaria ayuda a demostrar que no es su trabajo sino su fuerza de trabajo la que es intercambiada realmente con el salario. Cuando esto se comprende, la noción de un cambio «justo» con el capital está ya superada. La plusvalía aparece de repente como un resultado inevitable del trabajo realizado en el marco de las relaciones capitalistas —y no como un «artículo negociable» en la lucha salarial.

EL PAPEL DEL TRABAJO DOMESTICO

Esta contribución a los debates en boga sobre la economía política del trabajo doméstico tiene dos objetivos específicos.¹ El primero, presentar una crítica al artículo de Wally Secombe aparecido en la *New Left Review* n.º 83, «El trabajo doméstico en el modo de producción capitalista». El segundo, examinar dos cuestiones que comúnmente subyacen a las discusiones

1. Las contribuciones publicadas en relación con estos debates incluyen a Margaret Benston, «The Political Economy of Women's Liberation», en la *Monthly Review*, septiembre 1969 (reimpreso en *Voices from Women's Liberation*, ed. L. B. Tanner); Peggy Morton, «Women's Work is Never Done», *Leviathan*, mayo 1970; Sheila Rowbotham, *Woman's Consciousness, Man's World*, Londres, 1970; John Harrison, «Political Economy of Housework», *Bulletin of the Conference of Socialist Economics*, primavera de 1974; Wally Secombe, «The Housewife and her Labour under Capitalism», *New Left Review*, n.º 83. El presente artículo es una versión refundida y resumida de una ponencia presentada en la Conferencia *Women and Socialism* (Mujer y Socialismo) que tuvo lugar en Birmingham durante los días 2 al 21 de septiembre de 1974. Las ideas expresadas en la ponencia, aunque escritas de forma individual, son el producto de una discusión muy amplia en el London Political Economy of Women Group.

que sobre el trabajo doméstico sostienen las feministas marxistas. ¿Por qué, en las modernas sociedades industriales como Inglaterra, el trabajo doméstico y el cuidado de los niños han continuado estando en gran medida bajo la responsabilidad exclusiva de las mujeres y organizados sobre las bases de la familia privada? ¿Cuáles son las fuerzas actuantes en favor o en contra de un cambio fundamental en el papel económico de las mujeres dentro de la familia en la fase actual del capitalismo británico? Dado que Secombe no trata de responder a estas cuestiones, a primera vista puede parecer extraño intentar relacionarlas con una crítica a su artículo. Sin embargo, lo que forma la base de esta crítica no es tanto la existencia de incongruencias internas o la oscuridad de sus mismos argumentos, sino más bien su incapacidad para relacionar la teoría del trabajo doméstico de las mujeres con tales cuestiones, que son de una importancia política clave para un enfoque socialista del movimiento de las mujeres. Empezaré por resumir y criticar la esencia del artículo de Secombe, en lo que concierne al papel del trabajo doméstico de la mujer en la creación de valor. Pasaré luego a un examen más general del armazón teórico y político de Secombe, que se contrapone al planteamiento de las feministas socialistas. Esto nos conducirá a la discusión de por qué el trabajo doméstico de las mujeres ha conservado tal importancia en la reproducción y el mantenimiento de la fuerza de trabajo. Como conclusión, examinaré las fuerzas que posiblemente presionan en favor o en contra del cambio en la función del trabajo doméstico.

Un aspecto del artículo de Seccombe que resulta grato es aquel que refleja un creciente reconocimiento por parte de los marxistas que están fuera del movimiento de liberación de las mujeres de la necesidad de considerar el aspecto productivo del papel de las mujeres en la familia y la función económica y no sólo ideológica de la familia proletaria en la sociedad capitalista. A partir de esta base se pregunta qué papel juega el trabajo doméstico en la creación de valor y cómo esto se enlaza con la mistificación general del sistema salarial.

Primero, al analizar cómo la forma salario oscurece la relación que tiene el capital con el trabajo doméstico, Seccombe se concentra en la demostración de que éste es un aspecto —no estudiado anteriormente por los marxistas— del modo general descubierto por Marx, de cómo la forma salario oscurece la relación del trabajo con el capital. Marx demostró que a pesar de que el salario aparece como contrapartida al trabajo realizado por el obrero, en realidad paga sólo el trabajo que se utiliza para la reproducción y el mantenimiento del trabajador, es decir, la fuerza de trabajo y no el verdadero trabajo incorporado. Esta parte del trabajo realizado por el trabajador que queda impagada es la fuente de la plusvalía. Seccombe continúa su argumentación afirmando que una parte del salario refleja específicamente el valor creado por el trabajo doméstico de las amas de casa al reproducir y mantener al obrero (y a «sus sustitutos» de la siguiente generación). Esta es la parte del salario que se destina a mantener y reproducir el ama de casa (y «sus sustitutas»).

Este planteamiento se basa en lo que Seccombe llama «una aplicación coherente de la teoría marxista

del valor a la reproducción de la fuerza de trabajo —es decir, que produce valor todo trabajo empleado en la producción de cualquier parte de una mercancía que obtenga en el mercado un equivalente de otras mercancías». El argumento se mueve en distintos planos. En primer lugar, porque las mercancías compradas con el salario del obrero no están en situación de consumirse directamente y es necesario el trabajo doméstico para convertirlas en nueva fuerza de trabajo; este trabajo realizado por el ama de casa es una parte del trabajo total incorporado en el obrero, siendo la otra parte el trabajo incorporado en las mercancías compradas con el salario. Este punto es correcto e incontrovertible, una vez se acepta que el trabajo doméstico es un componente necesario del trabajo requerido para mantener y reproducir la fuerza de trabajo. El problema surge cuando nos preguntamos qué conexión hay entre el trabajo doméstico realizado y el valor de la fuerza de trabajo; y si es posible, y cómo, medir la contribución del trabajo doméstico en términos de valor.

La opinión de Secombe es que el trabajo necesario del ama de casa se realiza como parte del valor de la fuerza de trabajo cuando ésta es vendida. Al hacer esto traza una analogía entre la producción mercantil simple y el trabajo doméstico. El modo de producción mercantil simple es la forma de producción en la que los individuos trabajan separada e independientemente autoempleándose para producir diferentes bienes y servicios que se intercambiarán a través del mercado. Da el ejemplo del zapatero y el sastre. Este modo de producción tiene en común con el trabajo doméstico el hecho de que es individual y está privatizado.

Marx, al exponer la teoría del valor trabajo en el

volumen I de *El Capital*, la aplicó primero al modo de producción simple precapitalista. Explicó que bajo esta forma de producción, aunque no está socializada, los términos en que las mercancías son intercambiadas vienen determinados por las diferentes sumas de trabajo incorporado. No deseo entrar aquí en la cuestión de hasta qué punto la teoría del valor trabajo opera bajo el modo de producción mercantil simple, pero sí advertir que el supuesto en el que se basa su acción es que el trabajo es móvil entre distintas ocupaciones. El argumento funciona del siguiente modo: si el zapatero no fuera igualmente gratificado por su trabajo que el sastre, aquél dejaría su negocio y se iría a trabajar de sastre, o al menos convencería a sus hijos para que lo hicieran.

Parece equivocado aplicar este mismo análisis al trabajo doméstico cuando las mujeres no tienen opción alguna de moverse, en cualquier acepción adecuada del término, hacia otra ocupación. Las mujeres están atadas por el matrimonio al trabajo doméstico y por tanto, el trabajo doméstico no puede ser comparado con otras ocupaciones. Por consiguiente, vemos cómo no existen mecanismos para que los términos de venta de la fuerza de trabajo sean determinados por el trabajo doméstico realizado para su mantenimiento y reproducción.

Secombe concluye que si bien la teoría del valor trabajo puede ser aplicada al trabajo doméstico, la ley del valor no opera en él. Con ello quiere dar a entender que sólo el trabajo que rinde directamente para el capital, es decir el trabajo asalariado y no el trabajo doméstico, está sujeto a presiones para aumentar constantemente su productividad debido a la competencia que opera entre los capitalistas. Esto explica-

ría el atraso tecnológico y la privatización del trabajo doméstico.

Lo que Seccombe quiere dar a entender realmente cuando dice que el valor que crea el ama de casa se realiza como una parte del valor que la fuerza de trabajo alcanza al venderse al igual que otra mercancía, se entiende más claramente en la siguiente sección, cuando habla de la relación salarial. Seccombe divide el salario en dos partes, una parte (parte A) destinada al trabajador asalariado (y a sus «sustitutos») y otra parte (parte B) destinada al trabajador doméstico (y a sus «sustitutos»). Además, «el valor de B es equivalente al valor creado por el trabajo doméstico». Así, al decir que el valor creado por el ama de casa se realiza como una parte del valor de la fuerza de trabajo, Seccombe está en realidad diciendo que la parte del salario del marido que va a la mujer (y a sus «sustitutos») da una medida del trabajo doméstico realizado por ella en la reproducción de la fuerza de trabajo del hombre. Lo que ha hecho aquí es pasar de un análisis del modo de producción mercantil simple —en el que el productor recibe de la venta de las mercancías el equivalente al trabajo creado— al modo de producción capitalista y la relación salarial. Pero mientras argumenta que el trabajador asalariado no es retribuido por todo el valor que crea, sino que simplemente lo es por el valor de su fuerza de trabajo, presenta el valor creado por el trabajador doméstico como realmente determinado por el valor que la mujer recibe del sobre salarial de su marido. Así, pues, la mistificación de la forma salario que Seccombe expone y rebate en el caso del trabajo asalariado, la aplica sin cuestionarla en el caso del trabajo doméstico.

En apoyo de este argumento, Seccombe cita a Marx cuando se refiere a los trabajadores improductivos que

realizan servicios personales (tales como los cocineros, modistas, etc...): «Esto no impide que el valor de los servicios realizados por los trabajadores improductivos pueda ser determinado del mismo modo (o de manera análoga), que el creado por los trabajadores productivos: es decir, por los costes de producción que supone mantenerlos o producirlos». Aquí Marx, al referirse al «valor de los servicios» de los trabajadores productivos e improductivos, no puede dar a entender el valor creado por este trabajo (como Seccombe parece obviamente interpretar), sino que debe estar refiriéndose al valor de su fuerza de trabajo. De otra manera estaría contradiciéndose con su propia teoría del papel del trabajo productivo en la creación de valor.

Si el valor creado por las amas de casa es en realidad igual al valor que ellas reciben del sobre salarial de sus maridos, el capital ni gana ni pierde, en términos de plusvalía, con el trabajo doméstico. Por lo tanto, de acuerdo con el análisis, no hay razones económicas aparentes por las que el capital desee mantener el trabajo doméstico. Seccombe, de hecho, no suscita esta cuestión, es más, toma como dada la existencia del trabajo doméstico bajo el capitalismo. Esto se debe, evidentemente, a que la ley del valor no opera directamente sobre el trabajo doméstico (ver *supra*). Si una mujer es únicamente ama de casa, el capital no se verá afectado en absoluto por la productividad de su trabajo. Sin embargo, la cuestión de si una mujer es únicamente ama de casa o no, o de si es exclusivamente o en parte trabajadora asalariada es de claro interés para el capital y está sujeta a las exigencias de la acumulación de capital en un momento concreto. Aunque Seccombe reconoce que no hay nada inherente al trabajo doméstico y al cuidado de los niños que impida su socialización, ofrece sólo un argumento cir-

cular para explicar su privatización. Ya que no han sido socializados se mantienen privatizados: «Debido precisamente a que no existe un impulso continuado de reorganización del trabajo doméstico para mejorar su eficiencia, este proceso de trabajo no ha sido socializado, aunque no existe nada inherente al trabajo mismo que impida hacerlo.»

Otra razón de porqué el planteamiento de Seccombe es equivocado es que olvida poner de manifiesto de qué manera el papel del trabajo doméstico puede convertirse en más significativo para el capital en una crisis. De hecho, hay un notable vacío entre su análisis del valor trabajo y sus conclusiones políticas que reconocen que en un tiempo de crisis (tal como el presente) las amas de casa soportan el mayor peso de la pérdida de poder adquisitivo de la clase obrera y se ven forzadas a trabajar más duro en la casa para alargar los menguados salarios que entran. Con todo, las implicaciones de su análisis teórico son que una reducción en los salarios que llegan a la esposa podría reflejar una reducción en el valor creado por su trabajo doméstico, lo que en cualquier caso sólo puede ser un contrasentido o una conclusión incorrecta.

Una implicación final del análisis de Seccombe es que la relación económica entre marido y mujer es de intercambio igual; que el valor de los servicios de la esposa es igual al valor que recibe del sobre salarial de su marido. Esto deja completamente al margen los efectos de la dependencia económica de la mujer respecto a su marido y las relaciones de poder dentro de la familia. Si el ama de casa está obligada por el contrato matrimonial y por muchas presiones ideológicas a realizar servicios para su marido; si dentro del matrimonio es económicamente dependiente del salario de su marido y fuera del matrimonio —en el mer-

cado de trabajo— está en una posición negociadora inferior, ¿cuál es entonces el mecanismo que permite afirmar que existe un intercambio igual entre marido y mujer?

Implicaciones políticas

En este momento parece indicado ver específicamente los aspectos generales de la teoría de Seccombe que pueden ser criticados desde el punto de vista de las feministas socialistas. Pueden hacerse tres críticas que ya han sido apuntadas en la sección previa.

La primera es que Seccombe no habla para nada del sexismo que existe en las relaciones entre los obreros y las obreras. Hace referencia a la dependencia económica del ama de casa de su marido y a la autoridad que es dada al hombre, así como a la naturaleza privada de la división del salario entre marido y mujer. Sin embargo, no discute las relaciones de poder resultantes dentro de la familia, y en cambio saca la conclusión de que la conciencia de clase de las amas de casa y la capacidad de unirse en la lucha contra la opresión será limitada. Ello lo argumenta diciendo que la atomización de las amas de casa y la falta de cualquier relación directa con el capital las llevará a ver al opresor en su marido y no en el capital: «Se rebela como un individuo aislado para detrimento inmediato de su marido e hijos, y sus acciones no impugnan directamente sus relaciones con el capital». Esto no sólo da un cuadro muy general, altamente discutible, de la conciencia de las obreras —dado que ignora todos los factores que conducen a las mujeres a identificarse con la posición de sus maridos—, sino que además implica que la concienciación de las

mujeres del sexismo es más un producto de su aislamiento y atraso político que una percepción de las relaciones opresivas que experimentan.

La segunda crítica que puede ser hecha está relacionada con la forma en que Seccombe sitúa sus propias conclusiones teóricas y políticas en relación con el marxismo ortodoxo. Como ya ha sido señalado, Seccombe arguye que el modo como la forma del salario oculta la relación del trabajo doméstico con el capital es un aspecto del modo general por el que, como Marx mostró, la forma del salario oculta la relación del trabajo con el capital. Por ello, subraya la necesidad de integrar el trabajo doméstico en la teoría de Marx, antes que preguntarse si es necesario hacer una recuperación más radical de la teoría marxista a la luz de las críticas feministas. Además, la caracterización que hace de su propia teoría es altamente equivocada puesto que, al decir que el trabajo doméstico crea valor, está adoptando una definición de valor que parece más bien poco ortodoxa desde el punto de vista marxista. En cuanto a su conclusión política se refiere, es evidente que lo que él analiza es si las amas de casa pueden hacer una «contribución al avance de la lucha de clases» y no si las obreras pueden encontrar formas de luchar conjuntamente contra sus específicas opresiones de sexo y clase, o si el proletariado masculino puede aprender de las luchas de las mujeres. Desvirtuando algunos de los contenidos del debate de las feministas socialistas, éste puede ser fácilmente reabsorbido por perspectivas políticas pre-feministas.

La tercera crítica se refiere a la falta de perspectiva histórica de Seccombe al discutir el tema de la familia y el trabajo doméstico en el capitalismo. Se refiere a cómo el paso del feudalismo al capitalismo ocasionó cambios fundamentales; pero para el período

siguiente nos ofrece sólo un cuadro estático (excepto para reconocer de pasada la continua erosión de la «vitalidad y autonomía» de la familia bajo el capitalismo, a través de la transferencia al Estado de una mayor responsabilidad en el terreno de la educación). Hace referencia al avance de la tecnología doméstica a través de los mecanismos del ahorro de trabajo, pero lo considera irrelevante para la organización del trabajo de la casa. En realidad, han ocurrido muchos cambios desde el nacimiento del capitalismo que afectan al papel del trabajo doméstico de las mujeres: por ejemplo, cambios en los empleos pagados de mujeres, disminución del tamaño de la familia y de la mortalidad infantil, electrodomésticos, desarrollo del Estado del bienestar, producción masiva de productos de consumo como comidas preparadas y vestidos, etc. Además, si tenemos alguna noción de cómo narra corrientemente el movimiento feminista las tendencias del capitalismo y de cómo encaminar nuestras luchas, es esencial para nosotras comprender cómo han tenido lugar los cambios ocurridos en el papel de la mujer dentro de la familia y reconocer que la situación normal no es de ningún modo estática.

¿Por qué ha sido mantenido el trabajo doméstico?

El carácter del trabajo doméstico bajo el capitalismo tiene dos aspectos importantes. Primeramente, un prerrequisito histórico del modo de producción capitalista era que la economía familiar doméstica de los trabajadores cesara de ser autosuficiente y de auto-reproducirse. El modo de producción capitalista sólo podría desarrollarse una vez la masa de productores hubiera sido despojada de sus medios de subsistencia

independientes y fuera así dependiente de la venta de su fuerza de trabajo por la que obtendría un salario. Pero la dependencia de los salarios no ha significado nunca que las necesidades de los trabajadores queden resueltas mediante la compra de mercancías. Así, el segundo aspecto del trabajo doméstico de las mujeres es que en todos los estadios del desarrollo del capitalismo ha jugado un papel esencial, aunque cambiante, en la satisfacción de las necesidades de los trabajadores. Por tanto, el capitalismo se fue alejando del feudalismo a medida que los trabajadores iban quedando sujetos al sistema salarial, pero nunca ha satisfecho totalmente las necesidades de los trabajadores a través de la producción de mercancías; y es por ello que ha mantenido el trabajo doméstico, que ha asumido una parte importante de la reproducción y mantenimiento de la fuerza de trabajo. Hay tres posibles razones para que esto sucediese: 1. Puede ser más provechoso en un sentido estrictamente económico ya sea desde el punto de vista del capital como un todo, ya sea desde el de las fracciones dominantes. 2. La socialización de todos los servicios corrientemente realizados en la casa podría de tal manera alterar la naturaleza de esos servicios que dejaría de satisfacer ciertas necesidades especialmente emocionales. 3. Cualquier erosión adicional del trabajo doméstico podría minar aspectos ideológicos de la familia (por ejemplo, el autoritarismo, el sexismo, el individualismo) que son importantes en el mantenimiento de la aceptación del capitalismo por parte de la clase trabajadora. Examinaré cada una de estas posibles razones a continuación.

Un número considerable de factores deben ser tomados en cuenta al considerar si podría o no ser provechoso desde el punto de vista del capital la socialización del trabajo doméstico y del cuidado de los niños. Estos pueden ser ampliamente resumidos dentro de las tres categorías de problemas fundamentales de los capitalistas: 1) El nivel medio de salarios que los capitalistas pagan a los obreros; 2) El aprovechamiento adecuado de una fuerza de trabajo tanto cuantitativa como cualitativamente; 3) La expansión de los mercados para las mercancías capitalistas.

Primero vamos a examinar el problema de los salarios o del valor de la fuerza de trabajo. Marx escribió que «el valor de la fuerza de trabajo, así como el de cualquier otra mercancía, lo determina el tiempo de trabajo necesario para su producción, incluyendo, por tanto, la reproducción de ese artículo específico».² En la interpretación de Seccombe, el valor de la fuerza de trabajo incluye el valor del trabajo realizado por el ama de casa. Sin embargo, es evidente que Marx limitó su análisis del consumo en la familia obrera al consumo de mercancías. Esto es así porque su análisis era del modo de producción capitalista puro, en el que sólo eran relaciones productivas las que mantenían el trabajo asalariado y el capital. Es así como concebiré el valor de la fuerza de trabajo para referirme al valor de las mercancías compradas mediante el salario y consumidas por la familia obrera. Esto nos da una definición del trabajo necesario o valor como aquella porción del trabajo realizado en

2. Karl Marx, *El Capital*, I, Ed. F.C.E., México, 1972, pág. 124.

la producción de mercancías que va al consumo de los obreros vía salarios, y una definición de excedente de trabajo o valor como aquella parte del trabajo realizado en la producción de mercancías que queda impagado y va a engrosar los beneficios para el consumo o la acumulación capitalista.

Esto implica que trabajo necesario no es sinónimo de trabajo incorporado en la reproducción y el mantenimiento de la fuerza de trabajo una vez que se tiene en cuenta el trabajo doméstico. Poniendo el argumento de diferente manera, el estándar de vida de los trabajadores no sólo es determinado por la negociación salarial entre capital y trabajo, como parece deducirse del análisis de Marx, sino que también lo es por la contribución del trabajo doméstico. Igualmente, debe tenerse en cuenta el papel del Estado a través de la recaudación de impuestos y los gastos sociales.

Este planteamiento implica que el valor de la fuerza de trabajo no viene determinado —en cualquier sentido correcto del término— por el nivel histórico de subsistencia de la clase obrera. Si se acepta que hay, en cualquier momento dado, un determinado nivel histórico de subsistencia, este nivel puede ser conseguido variando las contribuciones al mismo de las diferentes mercancías compradas con los salarios y del trabajo doméstico. Así, a unos niveles de subsistencia y tecnología dados, el trabajo necesario, puede, de hecho, ser una variable.

Este planteamiento tiene también claras implicaciones en la determinación de la tasa de plusvalía. En el análisis marxista de *El Capital*, la tasa de plusvalía se determina por la lucha entre el trabajo asalariado y el capital: 1. El trabajo extraído a los trabajadores en el proceso de producción capitalista; 2. La nego-

ciación salarial entre el trabajo asalariado y el capital. En realidad, a causa del papel del trabajo doméstico, de la variación de los precios y la intervención del Estado por la vía de impuestos y gastos sociales, la lucha por el excedente se libra a otros niveles, no menos importantes desde el punto de vista del capital, aunque considerablemente menos organizados desde el punto de vista del trabajo. La contribución que el trabajo doméstico hace a la plusvalía es la de mantener el trabajo necesario por debajo del nivel real de subsistencia de la clase trabajadora. Por ejemplo, podría argumentarse que al capital le resulta más barato pagar al obrero un salario suficiente para mantener, al menos parcialmente, a una mujer que le prepare sus comidas, que pagarle un salario que le permita comer en restaurantes. Intuitivamente parece ser que éste es el motivo, aunque entra en contradicción con el argumento de que si el trabajo doméstico fuera socializado el ahorro resultante en tiempo de trabajo abarataría sustancialmente el proceso. El punto importante aquí es que el ahorro de tiempo de trabajo es sólo un aspecto de la socialización. El otro es que trabajo como el doméstico, que no es pagado como tal (la remuneración que reciben las mujeres del sobre salarial de sus maridos se mantiene a menudo en un mínimo debido a que no es vista como suya de derecho) se convierta en trabajo asalariado, imponiendo su pago de acuerdo con las expectativas generales del mercado de trabajo.

Así pues, es probable que sean necesarios grandes ahorros de tiempo de trabajo para que se dé la socialización del trabajo doméstico sin que redunde en aumentos del valor de la fuerza de trabajo. (Esto no quiere decir, desde luego, que no pueda darse la socialización si ocasiona un incremento del valor de

la fuerza de trabajo, dado que existen numerosos factores, discutidos anteriormente, que pueden influir en ella.) Puede, en realidad, darse el caso de que muchos de los servicios que son, aun hoy, tareas domésticas, no sean en realidad objeto de grandes ahorros de tiempo de trabajo. Por ejemplo, una adecuada socialización de la educación pre-escolar requiere un mínimo de un adulto para cinco niños, sin incluir ahora a los trabajadores administrativos y subalternos. Si se compara esto con el promedio familiar de dos niños y medio por mujer, se logra un ahorro de tiempo de trabajo de no más de un cincuenta por ciento aproximadamente.

Así, en términos simplemente de nivel medio de salarios, parece haber presiones en contra de la socialización del trabajo doméstico y el cuidado de los niños, desde el punto de vista capitalista. Sin embargo, los dos tipos de factores económicos restantes sugeridos antes como relevantes parece que empujarían en dirección opuesta. El primero de ellos es el de la disposición de una fuerza de trabajo adecuada. Una presión para la socialización del trabajo doméstico y el cuidado de los niños podría venir de un reconocimiento por parte del capital de que sería inadecuado reclutar obreras sin responsabilizarse previamente de la realización de algunas de las tareas que eran llevadas a cabo por las mujeres en sus familias, ya fuera directamente o a través del Estado. Un aspecto bastante diferente de este problema es que la socialización del cuidado de los niños podría venir por motivos educacionales, es decir, por la necesidad de influir en la calidad de la fuerza de trabajo de la próxima generación.

El citado tercer factor se refiere a los mercados adecuados a la producción capitalista. Evidentemente,

la producción de mercancías para el consumo de los trabajadores es una importante área de expansión capitalista. Los capitalistas no están siempre interesados en mantener bajos los salarios, dado que en ciertos períodos el aumento de salarios puede actuar como estímulo para la acumulación capitalista en su conjunto. Por eso, durante esta fase del desarrollo capitalista, la socialización del trabajo doméstico podría producirse como respuesta a la búsqueda, por parte del capital, de nuevas áreas de expansión. Por ejemplo, esto es lo que ocurrió claramente durante los años cincuenta y sesenta en Gran Bretaña con el gran incremento de ventas de las comidas preparadas.

Si intentamos ahora juntar los diferentes argumentos económicos expuestos sobre la socialización del trabajo doméstico, vemos que son posibles dos interpretaciones distintas. Por un lado, existirían presiones conflictivas sobre el capital en su conjunto, de tal manera que presiones diferentes dominarían en diferentes fases del desarrollo capitalista (es decir, dependiendo de si hay crisis económica y estancamiento, o expansión y crecimiento de la productividad). Por otro lado, existirían presiones conflictivas intercapitalistas, por ejemplo, entre aquellos que necesitan una expansión de la fuerza de trabajo femenina o cuyo beneficio está relacionado con la venta de bienes de consumo para trabajadores y aquellos cuyo mayor interés es mantener bajos los salarios. (Esto puede o no reflejar un conflicto entre capitalistas; puede ser entendido meramente como un conflicto entre capitalistas individuales, que son incapaces de ver cuáles son sus intereses a largo plazo.) Sin embargo, es importante recalcar que las dos interpretaciones no son mutuamente excluyentes, como explicaré más adelante de forma más amplia.

Así pues, se pueden encontrar argumentos económicos para explicar tanto el mantenimiento del trabajo doméstico bajo el capitalismo como para sugerir la posibilidad de cambios en su papel en conexión con los desarrollos subsiguientes del capitalismo. Me referiré de nuevo, brevemente, a las dos razones anteriormente citadas como posibles explicaciones de por qué el trabajo doméstico ha mantenido su importancia.

Factores psicológicos

El primero de éstos se refiere a la naturaleza de los servicios proporcionados por el trabajo doméstico y la imposibilidad de producir sustitutivos genuinos en forma de mercancías. Esto también suscita la cuestión de cómo los obreros se benefician específicamente del papel de las mujeres en la casa. Porque un componente importante de los valores de uso producidos por las mujeres en la familia son las relaciones personales dentro de ella sobre las que ésta está basada. Puede alegarse que la carga emocional de muchas de las tareas que una mujer realiza para su marido es tan importante para él como sus objetivos prácticos. Así, un hombre que fuera privado de los servicios de su mujer, aunque fuera compensado con un salario adicional suficiente para obtener las mercancías sustitutivas, podría sentirse peor que antes, e incluso altamente insatisfecho. Esto no quiere decir que la familia satisfaga corrientemente todas las necesidades emocionales de los hombres, sino más bien que hay muy pocas maneras por las que éstas pueden ser satisfechas fuera de ella, en una sociedad capitalista. Ciertamente, nuestra imagen de lo que sería el socialismo no elimina el trabajo doméstico, sino que más bien

lo sitúa como una actividad compartida de forma cooperativa más que de única responsabilidad de las mujeres.

Factores ideológicos

La otra explicación posible se refiere al papel ideológico de la familia. Es posible que cualquier erosión adicional del trabajo doméstico pudiera socavar la noción de la familia independiente, responsable de su propia supervivencia y competidora con otras familias hasta el fin. Es posible también que la socialización de la educación pre-escolar pudiera reducir la competencia, el individualismo y la aceptación pasiva del autoritarismo. Además, al eliminar más trabajo doméstico podría minarse la dominación machista, la división sexual dentro de la clase obrera y la pasividad de las mujeres; en definitiva, todo aquello que contribuye a la estabilidad política de la sociedad capitalista. Sin embargo, los cambios en la ideología ocurren de forma complejísima y, ciertamente, no sólo como respuesta a los cambios en la producción. Todo el campo de la ideología necesitaría muchas más consideraciones de las que puedo hacer aquí.

Contradicción de presiones económicas

Como fue dicho anteriormente, diferentes presiones económicas estarían operando en distintas fases del desarrollo capitalista influyendo en el mantenimiento o socialización del trabajo doméstico y el cuidado de los niños. Esto podría ser ilustrado de la siguiente forma. En una situación de estancamiento eco-

nómico como la que hay en Gran Bretaña, donde la tasa media de inversión y de crecimiento económico es muy baja, el Estado tratará de hacer descender los salarios y el consumo obrero en su conjunto e impulsará la inversión y las exportaciones para dar incentivos estimulantes a los negocios. Esto tendrá las siguientes implicaciones con respecto a la socialización del trabajo doméstico y el cuidado de los niños.

1. El Estado tratará de minimizar el nivel de sus gastos sociales, redirigiendo tanto como le sea posible recursos del consumo obrero a la inversión industrial. Además, es improbable que el Estado aumente las facilidades para la educación de los niños u otros sustitutos del trabajo doméstico.

2. Aunque los capitalistas productores de mercancías para los trabajadores se vean afectados en el sostenimiento de sus mercados, los capitalistas en su conjunto intentarán hacer descender los salarios. El efecto general será reducir los beneficios de los capitalistas que produzcan para el consumo obrero y posiblemente dirigir el capital hacia áreas en las que la intervención del Estado u otros factores incrementen la rentabilidad, por ejemplo las exportaciones. En consecuencia, es bastante improbable que la producción para el consumo obrero atraiga nuevos capitales durante este período, incluyendo la socialización capitalista del trabajo doméstico o el cuidado de los niños.

3. La producción de mercancías que representa una sustitución directa del trabajo doméstico, como las comidas preparadas, puede ser un área del consumo obrero especialmente sujeta al declive en un período de crisis, dado que existirán presiones sobre las amas de casa para que sustituyan con su propio trabajo las mercancías en orden a ampliar el salario. Es interesante recordar, por ejemplo, que en 1971, un

año de fuerte desempleo y aceleración de incremento de los precios de los productos alimenticios, los alimentos preparados vendidos descendieron en un 5 % mientras que los alimentos del tiempo crecieron en un 4 %, una oposición dual de las tendencias a largo plazo en ese punto.³

4. Aunque en un período de estancamiento hay quizás áreas individuales de reducción del trabajo femenino (por ejemplo, nurses), establecidas por presiones sobre empleadores individuales para proveer guarderías u otras facilidades, es improbable que se produzca una reducción general del trabajo debido a que un problema mucho mayor es un nivel de desempleo relativamente alto.

Si ahora pasamos a una situación de crecimiento económico, con una alta tasa de inversión y un rápido aumento de la producción per cápita acompañado de una balanza de pagos fuerte, sería una situación en la que podría ir tomando cuerpo una socialización adicional.

1. Sería posible un aumento tanto del consumo obrero de mercancías como de los gastos sociales del Estado sin reducir la rentabilidad.

2. El capital se vería quizás atraído por nuevas áreas de producción para el consumo obrero que al aumentar los salarios las haría rentables.

3. El aumento de los salarios sería quizás un prerrequisito para un crecimiento rápido, si fuera necesario ganarse la aceptación de los trabajadores hacia las nuevas técnicas y formas de organizar el trabajo de las que el crecimiento sería dependiente (por ejemplo, el trabajo por turnos).

4. Igualmente, si el capital necesita más muje-

3. Los cálculos están tomados del National Food Survey.

res para trabajar todo el tiempo o a tiempo parcial, o simplemente necesita aumentar el número de mujeres obreras, la socialización del trabajo doméstico y el cuidado de los niños debería ser un prerrequisito.

Conclusión

He explicado que el planteamiento teórico de Secombe sobre el trabajo doméstico y el cuidado de los niños puede ser criticado, en términos generales, en los siguientes puntos. Su opinión de que es coherente con la teoría del valor de Marx decir que el trabajo doméstico crea un valor equivalente a la suma del salario del obrero que reproduce y mantiene el trabajo doméstico, está basada en una analogía incorrecta con la economía mercantil simple. Esta teoría del trabajo doméstico es ahistórica, ya que, de ninguna manera contrasta la cuestión de cómo el papel del trabajo doméstico ha sido modificado desde el nacimiento del capitalismo, o de porqué ha sido mantenido en la forma en que lo ha sido bajo el capitalismo. La teoría implica un intercambio igual entre el salario de trabajo del marido y el de la mujer, ocultando ambos la desigual posición de poder dentro de la familia que deriva de la dependencia económica de ésta y la no equivalencia de lo que realmente está siendo cambiado, es decir, servicios personales por parte de la mujer contra mercancías monetarias por parte del marido. La teoría conduce también a ridículas conclusiones empíricas, por ejemplo que cuanto menos una esposa recibe del sobre salarial de su marido menos contribuye a la creación de valor. Finalmente, el planteamiento de Secombe niega cualquier validez al tipo de cuestiones que han sido plan-

teadas por el movimiento feminista y está basado, en cambio, en la preocupación de si las amas de casa pueden o no hacer una «contribución a la lucha de clases».

Al intentar dar un planteamiento alternativo a la cuestión del papel del trabajo doméstico, he argumentado que el trabajo doméstico no crea valor, según la definición que Marx dio de valor, pero no por ello contribuye menos a la producción de plusvalía, al mantener el trabajo necesario, o el valor de la fuerza de trabajo, por debajo del nivel real de subsistencia de la clase obrera. Esto es lo que sucede, en un tiempo de crisis económica como el presente, cuando una de las mayores necesidades del capital es hacer descender los salarios. El trabajo doméstico realiza una función económica vital y una socialización adicional del trabajo doméstico o del cuidado de los niños sería perjudicial desde el punto de vista del capital. Sin embargo, otras presiones (por ejemplo, la necesidad de trabajadoras asalariadas o la necesidad de expansión de los mercados de consumo obrero) podrían conducir hacia una socialización del trabajo doméstico y el cuidado de los niños en un período de expansión capitalista. Lo que no he tratado aquí son las vías por las que las campañas políticas derivadas del movimiento femenino y del movimiento obrero podrían influir en lo que realmente pudiera suceder. Pero espero que el análisis contribuya a dar un armazón en el cual se puedan centrar los debates sobre la estrategia política.



INDICE

| | |
|---|-----|
| <i>Nota introductoria</i> | 5 |
| John Harrison | |
| Economía política del trabajo doméstico | 7 |
| Wally Seccombe | |
| El trabajo doméstico en el modo de producción capitalista | 47 |
| Post-scriptum | 91 |
| Jean Gardiner | |
| El papel del trabajo doméstico | 101 |